

M U E R T E D E L A
M O R A L B U R G U E S A

E M M A N U E L B E R L

Ediciones **elaleph**.com

Editado por
elaleph.com

© 2000 Copyright www.elaleph.com
Todos los Derechos Reservados

PREFACIO

Era mi intención consagrar este segundo libro a la máquina y a los hombres que la misma crea. Las críticas opuestas a mi primer volumen me obligan a liquidar primero otras cuestiones.

Ya su solo título: Muerte del pensamiento burgués, permitía dos géneros de respuesta: que el pensamiento burgués no está muerto, o que jamás ha vivido. Esto último lo repitieron tanto y tan bien, que se acabó por dudar si no era yo una especie de Rochette, que intentaba lanzar entre el público un valor irreal, contra el cual había que ponerlo en guardia. Sentí la necesidad de precisar las características de ese pensamiento, cuya existencia se me negaba.

Inspirado por mis contradictores, el libro que sigue lo está también por la psicología de la justificación, que elabora Malraux. No me corresponde a mí exponerla. He querido tan sólo investigar de qué modo se justifica el burgués, y por qué su defensa pierde, cada vez más, su valor a los ojos del burgués mismo. Creo que la mayor parte de las ideas que dan vida a nuestra literatura, no son sino modos de defensa burguesa. Y creo que las mismas pierden su fuerza a medida que el capitalismo y el comunismo modernos van socavando a la burguesía. De ahí los problemas, tan célebres, del escritor; de ahí la dificultad creciente que experimenta para representar al hombre, y para llegar a él. De ahí los esfuerzos tan torpes, sin embargo para volver a hallar una fraternidad perdida.

Se me ha reprochado. Drieu entre otros y ésta es la causa de que el reproche me sea más sensible, el uso que hago del término revolución. Quiero, pues, explicarme al respecto. Sigo creyendo que, fuera de circunstancias revolucionarias precisas, esta palabra no puede querer decir sino la repulsa pura y simple opuesta por el espíritu a un mundo que lo indigna. He escrito: La idea de revolución es clara para quien quiera que exprese con ella la esperanza

que tiene de tomar el poder en provecho de un grupo del que forma parte. Pensaba en esa ocasión en Lenin, Saint Just, Marat, y de ningún modo en mí mismo. Como intelectual, no puedo percibir el concepto de revolución sino como un conjunto de nociones contradictorias. Me sirvo de él, no obstante, a fin de indicar mi esperanza y mi fidelidad, no sabiendo de otra palabra para expresar, en debida forma, mis repulsas. jamás será para mí un medio de adherir a tal o cual grupo, cuyo beneficio me esforzase por obtener a través de ella.

El hecho de que la tendencia marxista de mi pensamiento no sea, incontestablemente, mayor en este segundo libro que en el primero, no me coloca más cerca del comunismo. Las objeciones que, en un siguiente libro, tendré ocasión de hacerle a este último no me colocarán tampoco más lejos de él. Considero al comunismo menos como una doctrina que como un partido. Y la verdadera cuestión no es la de saber si el comunismo está en lo cierto, sino si se es comunista o si no se lo es. Cuestión, en primer lugar, de consagración y de fe. La adhesión que un intelectual presta a una doctrina no se asemeja en absoluto a la que un hombre puede prestar a un partido. La una tiene tanto mayor valor cuanto más

reservas comporte; la otra, cuanto comporte menos. El mejor discípulo reniega de su maestro. El mejor miembro de un partido no abandona a su jefe. La actitud de un marxista hacia Marx no puede ser sino la misma que tuvo Marx hacia Hegel, y de ningún modo la que tiene un bolchevique hacia Lenin. Es misión del marxista hallar en falta a Marx. Es misión del bolchevique impedir que Lenin sea apresado por la policía. Es por no haber distinguido suficientemente entre el asentimiento de un espíritu a una doctrina y el asentimiento de un individuo a un grupo, que hemos visto multiplicarse lamentablemente adhesiones y exclusiones; el hecho de haber evitado unas y otras no es motivo para mi de orgullo alguno. Pero un buen número de experiencias deplorables prueban muy bien que he tenido razón. El análisis que me esfuerzo en proseguir no terminara de ningún modo, pues, con una solicitud de afiliación. Ni al radicalismo, ni al socialismo, ni al comunismo, ni al trotskismo. Como intelectuales, no podemos contraer con ningún partido sino alianzas revocables a cada instante; porque no podemos en ningún caso considerar una doctrina como definitiva. Nuestra tarea es la de opinar siempre sin prejuzgar jamás. Y cuando se me pregunta co-

mo, por ejemplo, André Chamson dónde están vuestras fidelidades, respondo que, en este terreno no las tengo. No trabajo para ningún grupo, ninguna familia, ninguna clase, ninguna casta. Se trata de saber si, verdaderamente, no se puede luchar contra un conformismo sino para instaurar otro conformismo. Yo no lo creo. Creo en la posibilidad de la crítica, en el valor del rechazo que opone el espíritu al mundo.

Sin duda, no estoy liberado de compromisos humanos. Atado por innumerables lazos a innumerables aspectos del mundo que observo. Tal clima. Tal cocina. Tal literatura. Tal timbre de voz. Y, sin duda, existe un tipo de hombre que prefiero, una forma de vida hacia la que me inclino. Pero no se trata aquí de confesiones que no hacen a mi propósito. ¡Pueda mi espíritu permanecer herético e infiel!

1

AMENAZAS

Si suprimís la herencia, los hombres no trabajarán más. Mi padre llegaba a las seis de la mañana a su fábrica. Y la bruma del canal no era menos húmeda que hoy día. ¿Para qué, sino, para asegurarme a mi, su hijo, un buen chocolate con bizcochos? De ahí que yo sea la representación del progreso, del confort, de la ciencia misma. No os interesa mi pequeño desayuno, ni mi contrato matrimonial; pase. Pero. ¿creéis que las futuras aplicaciones técnicas eran lo que interesaba a mi tío abuelo cuando fue a la Indochina a plantar caucho? Vosotros no captáis las verdaderas relaciones que existen entre las cosas. Dejadme, pues, en paz y releed a Bastiat.

El burgués no está ya tan seguro de este razonamiento. Se ha suprimido la herencia en Rusia, y los individuos trabajan lo mismo. Se establecieron en Francia y en Inglaterra muy pesados impuestos sucesorios, sin que la actividad decreciera. En el mundo moderno, la máquina tiene preso al hombre, y la fábrica, si es necesario, reemplaza a los hijos. Porque habían leído a Horacio, vuestros viejos tíos se creían obligados a amar la naturaleza y aspirar al retiro. Pero una vez que han casado bien y ricamente a sus hijas, tampoco se retiran. ¿En qué se convertirían? No gozan ante sus domésticos de tanto prestigio como ante sus empleados. Las reuniones del círculo son aburridas cuando uno no juega. El médico les ha prohibido los placeres de la mesa y las mujeres. Se valen entonces de los mas frívolos pretextos para seguir con su trabajo. Y después de haber repetido: Sigo en mi negocio para asegurar a mis nietos", repiten ahora: Sería mejor para mí si me retirara, y dejara que otros se ocuparan de dirigir mi fortuna. Pero son mis administradores los que me retienen. Y, además, mis clientes están acostumbrados a tratar conmigo. Y, además, me vendría bien la cravate de comendador... Cin-

cuenta años en el comercio; me parece que la tengo bien ganada.

El sistema fiscal de posguerra ha demostrado que el burgués trabaja porque trabaja, y no por amor a su familia. Esos viejos cuyos hijos han muerto, lejos de querer dejar sus puestos, se van, por el contrario, de su duelo, para aferrarse más a su trabajo.

Además, el burgués se identifica cada vez menos con el progreso, cuya marcha demasiado rápida va dejando en el camino muchas cosas que él quisiera mantener. En su mansión bearnesa, Leon Bérard, no desea que se acelere el progreso de la industria. ¿Qué sucedería con las tradiciones locales? ¿La casa de palomas? ¿La persecución de liebres de las que hace mucho la campiña está despoblada? ¿Las charlas del notario sobre Cicerón y Virgilio en el café de la BelleHótes se? Y Clément Vautel, que me reprocha por menospreciar ese pensamiento burgués tan activo, realizador, etcétera..., reprocha, por otro lado, a Jean Giraudoux por querer modernizar las salas de teatro parisienses: "El público dirá: Nos han cambiado nuestro viejo Stradivarius por un violín nuevo. "¡Ah!, qué bella era mi ciudad, mi París, mi querida París, cantan todos, desde Léon Daudet

y Daniel Halévy hasta la princesa Bibesco. Eterna lamentación del burgués, que los poetas de Montmartre repiten monótonamente. Oponen América a quien les habla de Rusia. Pero temen a los rascacielos.

El burgués se halla menos tentado de invocar el progreso para la defensa de sus privilegios, en la medida en que duda si él mismo durará por mucho tiempo, y aun si es el más calificado para acelerarlo. Los hombres que hacen marchar las máquinas, éstos son sus enemigos. Raza a la que teme y detesta. Cuanto más se complica la maquinaria industrial, tanto más las cualidades propias del burgués: correcta presencia, buena redacción, pierden importancia, y tanto más la ganan las cualidades técnicas. Desconcertado por el ritmo de la industria, el burgués duda de sí mismo, de su cultura y de su esfuerzo.

¿Para qué, para quién tanto sacrificio? La vieja sabiduría del Eclesiastés le murmura al oído que el mundo es vanidad. ¿A qué principio aferrarse? ¿Fortuna para los hijos? El Estado la confisca. ¿El interés de sus representados? La abstracción creciente del crédito los aleja cada vez más de él. Desconfía, además, de esos amos anónimos y

cambiantes. Cuando un banquero invoca a sus accionistas, es que se prepara para mentir. Germain decía: En general carneros, a veces leones, siempre bestias. Pero el momento ya no está para bromas. Se instauran contra ellos las acciones privilegiadas, las acciones de voto plural; con eso pueden ya balar y rugir todo lo que quieran. ¿Los depositantes? Resultan más lejanos aún que los accionistas. La verdad es que el banquero no sabe para quién trabaja. Arrastrado por un mecanismo al cual no le ve ya sentido, Malthus lo inquieta. Ya no se siente seguro ni en cuanto a la producción, ni en cuanto a la procreación. Los periodistas, a los que paga para celebrar su reinado, le desagradan. Los encuentra ávidos y carentes de juicio. Y percibe contra él esa marea creciente de la envidia, de la miseria, esos gritos para los que carece de respuesta.

Ciertamente, él no pretende que las cosas vayan bien; todo lo que dice es que no existe la posibilidad de que vayan mejor. Opone, a la revolución, su desprecio por el hombre. Su doctrina es aquella de la anciana de Siracusa que le enseña su querido Anatole France: desear larga vida para el tirano, porque si él muere, vendrá otro que será peor. Todo le parece de tal modo vano y hasta tal punto ineluctable,

que no ve por qué va a dejar su puesto, ni para qué otro va a venir a tomarlo; y se halla pronto a pasear por el mundo que lo abrumba su pesimismo y su disgusto. ¿Despediríais a alguien que sólo piensa en dimitir? El burgués habla siempre de renunciar. No lo hace, pero siempre cree que lo va a hacer. No soporta las críticas porque no se atreve a contestarlas con lo que es, sin embargo, su respuesta: que no hay que tocar nada, porque nada es posible hacer respecto a nada.

Si se relee la célebre controversia de Clemenceau con Jaurés de 1906, se ve a Clemenceau en el centro mismo del pensamiento burgués: un pesimismo conservador. El burgués encontraba a Jaurés vacío, precisamente porque éste estaba henchido de esperanza. El socialismo es imposible porque los hombres son incorregibles; Jesucristo no los mejoró, ni tampoco lo hará Marx Thiers adhirió a la República como al menor de los males. He aquí el lenguaje que el burgués ama y que reprocha al pueblo por no gustarle: Yo estaba obligado a... No podía actuar de otro modo. . .El Presidente del Consejo se esfuerza por demostrar que no ha tomado ninguna iniciativa política, que se encontraba atado por todos lados. El burgués adhiere a la bur-

quesía como al único orden social posible. Manifiesta a viva voz que lo deplora, pero que es necesario.

Así como las guerras pasadas justifican por adelantado las guerras futuras, la miseria del pueblo asume un valor de tradición.

Pero este "no hay modo de hacer otra cosa no satisface a nadie, ni aun al burgués que lo dice. Es necesario el servilismo de Leibnitz para creer que se puede aceptar lo inaceptable, en nombre de un orden que lo da por supuesto. Ninguna filosofía hará admitir a Dostoievski el suplicio metódico de un niño a manos de dos brutos. Esta resignación al mundo como es, supone una contrapartida. O bien la creencia en otro mundo: el cristianismo. O bien una estética. El pesimismo de Schopenhauer desembocó en el esteticismo que emponzoñó la generación de preguerra y emponzoña todavía la nuestra.

2

EL BURGUES Y EL GRAN HOMBRE

Hablad de comunismo, de la Revolución con un burgués adinerado de menos de cuarenta años de edad. Cualquier frase que vosotros pronunciéis oirá siempre que le estáis preguntando: ¿Por qué has heredado de tu padre? Y la respuesta, que a él le parece la verdad más pura, será: Para que el mundo sea un lugar mejor. Si permito que se instaure el comunismo, veré desaparecer las únicas cosas que me parecen va liosas en un mundo que ya no me gusta demasiado. No existirán más casas bien puestas. Se perderá el buen lenguaje Se hará mal el amor, en habitaciones demasiado chicas. Patou cerrará su casa de modas, todo se afeará (Cf. Alfred Fabre Luce, Rusia, 1927). El burgués hace de la estética su

justificación final. Quiere ser, cree ser un objeto de arte. Y que se lo debe conservar, como un bello animal seleccionado. El bur- gués piensa: el orden en el que yo reino es el mejor porque permite el surgimiento y desarrollo de una elite. Una cierta categoría de cosas: el objeto de lujo; cierta cualidad del espíritu: la cultura; cierta especie de sentimientos: el amor analizado; he ahí lo que es necesario mantener. y lo que yo mantengo. No, yo no seré jamás revolucionario me decía un amigo, quien, por otra parte, luego se hizo fascista. Detesto demasiado que las mansiones de campo cambien de dueño. Mansiones de campo, y ante todo Versailles, la más ilustre de todas, ellas permiten la peligrosa antigüedad de la palabra cultura, en la que el burgués se apoya. Se mezclan las tradiciones de la familia con los trabajos de jardinería; el retrato de la vieja tía de la que proviene la fortuna con el tamaño de los perales. El burgués se legitima por la cultura. El nacionalismo mismo no se legitima sino por la cultura. ¿Qué contestar a un obrero bretón, si comienza a sentirse más obrero y más bretán que francés? ¿Para qué el nacionalismo? Para que se siga estudiando de memoria a La Fontaine. Para que la Comedia Francesa siga existiendo. Por Cécile Sorel.

LA CULTURA

Cada cual querría para sí mismo esta palabra pletórica de cultivos y cosechas, y busca imponerle el sentido que prefiere. Por eso tantos discursos sobre la cultura que estiran sus dialécticas sin llegar a un acuerdo. La cultura designa el esfuerzo del hombre hacia lo que él supone la perfección. Para la cultura espartana ésta era el héroe. Para la cultura cristiana es el santo. Por nuestra parte entendemos acaso por cultura el pensamiento no bárbaro, sin afirmar de modo demasiado simplista su relación con el universo, y sin negar de manera demasiado ingenua su relación con la persona.

Pero la palabra cultura expresa también una cosa totalmente diferente. Una cierta relación que la colectividad impone a sus miembros. Un uniforme que aquélla les coloca. Y no se trata tanto de impulsar al individuo al más elevado desarrollo de sus facultades como de integrarlo a determinado grupo. La primera función de la cultura es la de proveer el santo y seña necesario para ser reconocidos. Ello significa que se conoce un cierto conjunto de signos. Y, por ejemplo, un buen mecánico no será culto por el solo hecho de ser un buen mecánico.

Es necesario también que sepa que Francisco lo dijo: Todo se ha perdido, menos el honor. De ahí que el objeto de la cultura sea menos instruir que ubicar a los hombres en una clase social determinada.

También se denomina cultura general, y aun humanidades, a un grupo de conocimientos especiales. El latín. Es evidentemente ridículo pensar que los ejercicios de traducción del latín pueden por sí solos desarrollar las facultades de un niño. Pero la burguesía, que, después de la Iglesia, se ha convertido en la depositaria del latín, ha llegado a creerlo, o bien a hacer como si lo creyera. Se sirve a este fin de muy toscos sofismas. Ora se dice que el latín es el único instrumento cultural verdaderamente valioso porque es inútil, ora porque es útil y favorece el estudio de las lenguas vivas. Creen haber justificado el latín cuando han mostrado que puede, después de todo, servir para algo, como si cualquier estudio pudiese dejar de ser útil a un niño cuya inteligencia busca nutrirse. Antes de la guerra, cuando la reacción luchó encarnizadamente contra la reforma escolar de 1902, se hizo suscribir por toda clase de personalidades de consideración (lo que siguió mostró bien que éstas firman todo lo que se quiere)

una petición en favor del latín obligatorio. Los examinadores del Politécnico explicaban que los mejores exámenes eran rendidos por los alumnos de las secciones Latín Ciencias, y aun Latín Griego, y no por los de la sección Ciencias Lenguas. Olvidaban decir que se había establecido en los liceos una tal corriente de snobismo, que un buen alumno no consentía en entrar en la sección Ciencias Lenguas. Mejores al entrar, los de las otras secciones eran también mejores al salir. Mas para defender el latín, como para defender la fe, todos los argumentos son buenos, todas las mentiras, piadosas. Por ejemplo, se invoca la etimología, y que no se puede emplear adecuadamente una palabra de la cual no se conoce su historia; y se olvida que la enseñanza clásica no incluye las lenguas romances. La Universidad pretende que es necesario, para hablar bien el francés, saber cómo hablaba Augusto, y que es superfluo saber cómo hablaba Carlomagno.

Sin insistir más sobre la cuestión, me es suficiente, por el momento, hacer notar que hay, dentro de la cultura general, conocimientos privilegiados, y otros que no lo son. Las ciencias en su conjunto no forman parte de la cultura general, como tampoco, por supuesto, las técnicas. Un niño con cultura ge-

neral puede ignorar lo que es un gasómetro, mientras sepa quién fue Mucius Scaevola.

La Universidad designa con la palabra cultura el conocimiento del latín y del griego. El mundo designa con ella algo un poco diferente: la suma de conocimientos históricos necesarios para comprender las alusiones que se hacen. Dentro de cada familia existe una colección de anécdotas cuyo recuerdo es siempre gracioso, salvo para el extraño. Porque, señor mío, puede usted haber tenido dos hijos con mi prima, pero ignora de qué modo nuestra tía Carolina escondía los chocolates. Si yo recito la poesía que re citaba nuestra abuela: "Oh, baile de máscaras, adorable locura, sueño encantado lleno de diablillos, eso no le dirá a usted gran cosa. Y si hablo de la mujer del pastor, que se separaba de su marido tres o cuatro veces por año, porque no pertenecían a la misma secta, sólo reirá moderadamente. Así, contra usted y mal que le pese, el nacionalismo familiar mantiene su vigencia. Yo formo parte. Usted no. A menos que aprenda desde la a, b, c y comience por la vida de Mademoiselle Breting.

Este stock de historietas no implica que yo esté verdaderamente informado sobre el pasado de mi

familia. Puedo no saber nada de los negocios de mi bisabuelo; es suficiente que sepa que le gustaba mucho el queso de Munster y que ha cía traer de Holanda la tela para sus camisas. Del mismo modo, la historia que exige la cultura general no es la historia, sino una cierta tradición histórica. No es el conocimiento de las cosas, sino de sus símbolos escolares. La literatura francesa de la Universidad comienza con *Mal herbe*. Es bastante difícil saber dónde termina. Una cierta gloria no es más que el reflejo del consentimiento general y procede de él. Sully Prud'Homme lo logró de entrada. Heredia también. Baudelaire intriga aún para obtenerlo. Rimbaud no lo espera. La literatura de la Universidad no es la literatura. Flaubert forma par te, mas no Proudhon. Y Vauvenarques, pero no Chamfort.

Del mismo modo, el inglés de la Universidad no es el inglés de Inglaterra. Su latín, no es latín. Uno de mis tíos tuvo por condiscípulo en la clase del célebre profesor Merlet al futuro profesor Petitjean. Merlet dio a sus alumnos para traducir al latín una página de Cicerón que había traducido previamente al francés. La versión de Petitjean fue tan buena, que el profesor la prefirió al texto original: El suyo,

dijo, es más latín que el de Cicerón. Sabido es que la Universidad no admite la sintaxis de Tácito.

Ciertos autores, como Abel Hermant, quieren tratar al francés como se trata al latín. Así, el francés de Moréas les parece más francés que el de Claudel. Se discute bastante acerca de qué es lo clásico. ¿No será que clásico es simplemente aquello que se enseña en las clases? Y la elección es siempre, en gran medida, gratuita. Una obra se convierte en clásica porque se ha decidido, una vez, que lo será. Inscrita dentro del programa escolar, la inercia tiende a mantenerla; del mismo modo, en las familias los inventarios notariales mencionan ciertos objetos y omiten otros. Es quizá en las poetisas de la colonia rumana, Madame de Noailles y la princesa Bibesco, donde se ve mejor este aspecto de la cultura: una herencia que se inventaría y que, en estas damas, toma en seguida una apariencia de baratillo. Les charmants (?) Girondins. Fabre d'Englantine, tan joven y encantador con su nombre estival (¡lástima que tenía 39 años cuando estalló la Revolución y que demostró ser concusionario y alcahuetel!). Fénelon, llevando ya la tristeza de ser un día amado a pesar suyo. Por Madame Guyon, sin duda. Pero Fénelon y amor, eso pega. En el desván del

castillo, la joven prometida descubre, en mezclanza, la sabiduría de Montaigne, la risa de Voltaire, las canciones de Ronsard (no sus odas). Para ella la Revolución Francesa es Camille Desmoulins; el Consulado, Joséphine en fin clair. Me complace bastante que Jules Lemaitre, y el mismo Barrés, se hayan maravillado ante esta exposición de la Plaza Clichy; ciertas posiciones quedan mejor defendidas. Sorprendente vulgaridad la de ese pintoresquismo cuyos equivalentes nos los dan Pierre Benoit y Pierre Frondaie. Se ve muy bien lo esencial de la cultura francesa en las páginas rojas de este Pequeño Larousse balcánico. Las cosas que es necesario saber; las cosas que se pueden ignorar. Es necesario conocer la muerte del caballero de Assas; Bayard sin miedo y sin reproche; la gallina en la olla, de Enrique IV. Y que Corneille amó a una noble marquesa. Esther es indispensable. Oh, mi Rey soberano". Bajazet no es indispensable. La cigarra y la hormiga es indispensable. Psiquis no lo es. André Chénier es indispensable. Sans crainte du pressoir. Diderot, no. ¿Por qué? ¿Por qué esta determinada imagen del pasado y no otra? ¿Por qué los discursos de Bourdaloue y no los de Mirabeau? ¿Por qué los de Massillon y no los de Saint Just? ¿Por qué Marat y

no Rutebauf? ¿Por qué Malherbe y no Théoprile? Hay un cierto número de monumentos que se clasifican como históricos y que se conservan con grandes gastos, en tanto que a otros se los deja caer a pedazos, y no son menos hermosos. Evidentemente estos misterios no pueden ser aclarados si no se tiene en cuenta la función de la cultura, si no se comprende lo que la burguesía espera de ella. La cultura le sirve para darle acceso a la aristocracia y para separarla del pueblo.

En efecto, por la cultura, el burgués alcanza la venerable antigüedad del noble. Él no desciende de un procurador romano, como los príncipes de Pons. Pero, ¿quién es el verdadero heredero de Roma? ¿Aquel cuyo antepasado fue cónsul, o aquel que ha sabido restablecer un texto de Tito Livio? Un La Rochefoucauld desciende del autor de las Máximas. Pero Saint Beuve, Jules Le maitre, que conocen las Máximas de memoria, que pueden escribir imitando a su autor, que conocen bien la historia y la literatura del siglo XVII, sostendrían más fácilmente una charla con La Rochefoucauld que los miembros de su familia. Por mediación del archivista, el burgués se venga del marqués. Cultura es Anatole France. El estilo pleno de guiñadas alusi-

vas: un verso de Racine, un giro de Bossuet, un adjetivo de Corneille, una palabra que Voltaire usaba incorrectamente. . . Una de las razones principales del éxito de Anatole France, y también una de las más bajas, es que vendía, a sus lectores, a tres francos el cuarto de nobleza.

La herencia. Barrés hablaba de esas pequeñas rentas necesarias para una gran cultura. Herencia de la cual se intenta sacar como lo hacía ,el noble mayor partido que el que comporta la naturaleza de las cosas.

Escribo aquí, en Pérouges, esta pequeña ciudad de opereta que enternece a Herriot. Vive de ser antigua. Quienes no ha mucho llevan a Meximieux las reliquias de su casa en ruinas, han comprendido que la casa en ruinas puede reportar más dinero que la casa nueva. Ahora se desprecia a Meximieux. Cada uno exhibe sus viejos pergaminos, sus viejas recetas. Se sirve papas con cáscara y se las llama papas a la antigua; se sirve vino de Arbois, el preferido de Enrique IV; se escribe la lista en pergamino que se ilumina como un misal. No se dice albergue, sino Ostellerie, sin h. Se cierran las puertas con antiguas cleffs, el alfolí rivaliza con la plaza del mercado viejo. El guardián del museo porque hay un museo

terminó por estar muy orgulloso de las victorias de Pérouges contra el Delfinado. Este orgullo es su razón de ser, pues es la base de su presupuesto. Material y moralmente, los hombres viven del hecho de habitar una ciudad antigua y en ruinas. Son, por otra parte, gordos, rubicundos, opulentos y absurdos. Así se forma en Francia una nueva aristocracia, que goza sobre el ómnibus de turismo de nuevos derechos de regalía. Ennoblecimiento del individuo por los estudios cartistas y de la ciudad por el Hôtel de Ville, creación y explotación de una riqueza totalmente abstracta, que de eso se trata.

Y así como la cultura aproxima el burgués al aristócrata, ella lo opone al proletariado. Sin duda, existen las becas. Pero reclutar por medio de la cultura nuevos burgueses, no es, en absoluto, reconciliar al proletariado con la cultura. Aquí deben ser psicoanalizadas ciertas fantasías. Un proletario no se convierte en hombre culto, en el sentido que la Universidad y la burguesía dan a esas palabras, a menos que deje de ser proletario. ¡Bravo obrero resulta el que a la noche va a aplaudir una obra de Corneille! ¡Espectáculo tranquilizador para los amigos del orden! Se comprende que el gobierno haga dar representaciones gratuitas en los teatros sub-

vencionados la noche del catorce de julio, y también la atracción que este género de manifestaciones ejerce sobre los obreros. Pero el obrero, en ese momento, no hace sino renegar de su clase. Querría saber latín, porque vive en una sociedad burguesa y acepta, ¡ay!, los valores de sus amos. ¡Querría también cenar en la Abbaye de Thélème, jugaren el casino de Deauville, encontrar en el golfal Aga Khan o al príncipe de Gales! Este apetito de cultura, cabe advertirlo, lo experimentan los hombres más que las mujeres, porque éstas disponen de otros medios para lograr el acceso a la burguesía. El impulso que lleva a los jóvenes a la Escuela Normal, es el mismo que las lleva, a ellas, de las puertas de la Villette y de Bagnolet a los barrios ricos de los que, por su nacimiento, están excluidas. Y la cultura es para los unos, lo que para las otras son el vestido de Lanvin y el collar de perlas. ¡Triunfos del proletario! El barón del Imperio se arrodilla a los pies de Naná. El profesor, cuyo padre fue estibador, puede privar de su salida al hijo del banquero. Quedaos tranquilos: ellos lo han pagado.

Mirados con sospecha por su familia y sus amigos, arrancados de la fraternidad de que disfrutaban, mal tolerados por los ricos que los desprecian y al

fin de cuentas los explotan porque no estiman en mucho, después de todo, la juventud de una mujer o el pensamiento de un hombre, ¡llegarán para ésta el hospital, para aquélla Legión de Honor! Han aprendido a respetaren sus amos ese reflejo del pasado, con el que la fortuna ilumina los rostros de los que la detentan. No se logrará que a una bordadora Je guste sinceramente Racine. Sólo se logrará que deje de ser una bordadora. No puede gustar de Racine, porque no puede reconocer en él palabra alguna que llegue a su corazón, algún sentimiento que ella haya experimentado o conocido.

La cultura y la burguesía no son sino una sola y misma cosa. Es suficiente leer a Proust, representarse a ese niño al que se rodea de viejos grabados y de viejos libros, al que su madre responde con citas de Esther y de Athalie cuando pide su chocolate, para comprender toda la energía que un proletario necesitará gastar si quiere adquirir aquello que el joven Proust veía llegar a él de un modo natural, con los recuerdos de familia, el olor de la casa, los ruidos de la calle en que vivía. El campesino puede contraponer, a la cultura burguesa, la tradición litúrgica y feudal que posee. Pero el obrero, hijo de una industria más reciente que Baudelaire, ¿cómo se for-

mará esa sensibilidad histórica? Sólo pasando a través de las escuelas que mantiene la burguesía. Es a través de ésta que volverá a encontrar el pasado, y la misma le sacará por adelantado un buen peaje. Recurso para el porvenir, rehén para el presente, he ahí lo que es dentro de una sociedad burguesa el proletario culto. Su esfuerzo no es sino un homenaje rendido a los valores burgueses, un renegar. Porque el burgués piensa que si el proletario fuera capaz de crear su propio humanismo, dejaría a un lado a Bergeret y el Conciones y el latín y la tragedia; y que si éste arroja sobre la cultura burguesa viejas mansiones, viejas boiscries, viejos libros, viejos cuadros tales miradas de concupiscencia, es que está descalificado a sus propios ojos, por propia confesión. ¿A qué va el proletario al Louvre? ¿A contemplar los pechos desnudos de las reinas que lo han explotado, y las coronas de los reyes que lo han hecho matar? Que respete la cultura, el resto vendrá solo. De respeto en respeto. La palabra barbarie lo hará retroceder como, en otro tiempo, un crucifijo tendido. Mien tras se conserve el latín piensa Leon Bérard conservaremos nuestras casas y nuestros pues tos. Si el pueblo nos pide cuentas, les mostraremos nuestras bibliotecas. No se trata de

otra cosa que de hacer aprobar por el pueblo su propia servidumbre. De hacerle avergonzar de los suyos: la abuela que sorbía ruidosamente, el tío que no sabía leer, la tía que no hizo la escuela, el primo que es picapedrero. Es necesario borrar con coraje esos cuadros reformistas del obrero que lee por las noches en una edición popular sin duda expurgada las aventuras de Telémaco y las Cartas de Madame de Sevigné. Com prendo lo que tiene de conmovedor el esfuerzo que hace, y la atracción que siente hacia aquello que se le ha dicho que es valioso. Pero este prestigio de la burguesía sobre el proletariado, a buen seguro inevitable, ¿es aquello que debemos admirar en este último, o aquello de que es preciso liberarlo? ¿No tiene otra misión que remedar a Croiset? ¿Y no se ve que se lo encadena a sus amos?

A lo que se me responde: ¡Que se cambien los programas! Hay una tradición revolucionaria. Que se enseñe el pueblo al pueblo: no Richelieu, sino Étienne Marcel. No Pompeyo, sino Espartaco.

Desconfío bastante de las tradiciones revolucionarias. Se ha visto, en el 48 y en el 71, los tristes señores que traicionaban los intereses del pueblo preocupados solamente por dárseles de Fouquier Trinville y de Marat. Brutus, Spartacus, nombres

que terminan en us; de hecho, es el mismo latín de siempre. Un pensamiento que se repliega intencionalmente sobre el pasado. Una tesis sobre Colbert, una tesis sobre Étienne Marcel, son dos tesis, que se asemejan mucho más la una a la otra que a La Internacional o a La Carmagnole. Reemplazar con la nobleza republicana a la nobleza monárquica, viejo lazo en el que cae en cada siglo el pueblo. Manuel, descendiente de Danton, fue alcalde de Arcis bajo el Segundo Imperio, y bajo el orden moral. Chiappe descende de la familia de un convencional que votó la muerte de Luis XVI. El pueblo es en sí mismo su propia tradición; no puede tener otra.

Sin duda, es muy tentador oponer la historia y la literatura a ese vástago de un agente de cambios, que no sabe sino beber cócteles y nadar en el Lido. Batir a la burguesía con sus propias armas, ponerlas al servicio del pueblo. Guehenno lo querría en su Calibán habla. Pero queda preso entre la traición a su clase y la renuncia a su cultura. El solo hecho de que expresa en el lenguaje de Renán los problemas tan ásperos que su vida plantea, lo indica bien. Cree refutar ciertas pretensiones del burgués, tan solo porque él, antiguo Calibán, puede conversar con Próspero en el lenguaje que usó Renán para defen-

der, después de la masacre de los comuneros, las tesis más reaccionarias. Pero la cuestión consiste en saber si Guehenno y tras él, el proletariado hacen de tal modo una conquista o una concesión. Si es Guehenno el que triunfa sobre el burgués adoptando un estilo, o el burgués el que triunfa sobre él, imponiéndoselo. Porque Guehenno puede hablar del pueblo, pero deja de poder hablar al pueblo, y de ser entendido por éste. Separado, como yo; como todos nosotros. Sea lo que fuere lo que digamos, o podamos hacer. Atados, por siempre jamás, a los ídolos, delante de los cuales una vez abdicáramos.

Entre la cultura, herencia, signo de una herencia, y el proletariado, masa de desheredados, no hay ninguna reconciliación posible. Porque la cultura es un sistema de valores erigido contra, el proletariado, y permanecerá necesariamente como tal.

Podemos destruirla. Podemos renunciar a ella.

No podemos transformarla. No podemos hacer que no sea una larga serie de valores aristocráticos, mantenidos por una aristocracia, y gracias a sus privilegios. No es sino eso. Una forma de sensibilidad, una forma de la memoria, de ningún modo un humanismo. Una cierta deformación del gusto y del

lenguaje. Y las dos cosas más hostiles al pueblo de todos los tiempos: me refiero al historicismo y la retórica.

En cuanto a mí, que he aprovechado de tal modo las ventajas de la cultura; a mí, a quien, durante la guerra, los camaradas llevaban con tanta amabilidad la mochila y el fusil, porque yo tenía instrucción, estoy avergonzado de no haberles gritado con más fuerza: estos valores, a cuales os subestimáis, son valores muertos. Son bienes, de ningún modo más personales que un inmueble o un título de renta. Creéis sabios a los que tienen cultura; ellos ignoran lo principal, el hombre desnudo, el dolor humano. Es a esta ignorancia a la que le dan el nombre de humanidades. Se os engaña. Se decora con el nombre de cultura al conjunto de nociones que vosotros no poseéis, a aquellas que adquiriríais más difícilmente. El conocimiento que tenéis de la máquina, no os servirá si se trata de su física. El sabor y la autenticidad de vuestro lenguaje no os servirán si se trata de su retórica. Los libros que podéis haber leído no figuran en sus bibliotecas. Aquellos que puedan gustaros, se encontrará algún pretexto para excluirlos de sus programas. Deberéis aprender la historia de sus padres, mas ellos no consentirán en

aprender la historia de los vuestros: se os obligará a admirar las estatuas de aquellos que los han hecho fusilar. Como viven en la avenida de los Campos Elíseos, exigir que conozcais Gabriel. Como no viven en el puente de Flandes ni en la Villete, les parecerá muy bien que no se conozcan los mataderos, que no se haya visto siquiera el mercado de Les Halles. ¿Os gustan las canciones? La canción no cuenta en la poesía de ellos. ¿Sois pobres, no podéis pagar concesiones a perpetuidad? Cinco años, y el cementerio de Pantin pierde el rastro de vuestros muertos. Ellos os dirán que la cultura son las tumbas. Vuestros salarios os hacen vivir al día, al instante. Sus rentas duran muchísimo más. Os dirán: el instante no es nada. Todo vale en función del miedo pánico.

Cuanto más precisas se hacen las ideas de clase, tanto más se evidencia que, si la cultura no es patrimonio del burgués, seguirá siéndolo de la burguesía. La burguesía sufre por ello, sin duda. Querría poder erigir en valores universales los valores que ostenta, y a los cuales ella permanece apegada. Ve la dificultad de exigir al pueblo tantos sacrificios para la salvaguardia de bienes en los que no tiene verdadera participación. Después de haber dicho: Batíos,

es preciso defender la catedral de Reims, Barrés dice: La catedral de Reims nos importa menos que la vida de nuestros soldados. Sólo que así cae en un círculo vicioso, pues, ¿por qué no es posible entenderse con Alemania, sino a causa de la catedral de Reims? Desde que el primer problema es proteger la vida de los franceses y no la cultura francesa, ¿por qué no la paz inmediata? Mas cuando exige del pueblo que se sacrifique a sus manes y a sus lares, el burgués teme que éste se rebele contra esa exigencia, sabiendo mejor que el pueblo cuán monstruosa es.

Y la burguesía sabe que, separada del pueblo, la cultura necesariamente perece. Privilegio condenado por lo mismo que es un privilegio. Racine nos será cada año más lejano, menos accesible. La historia del siglo de Luis XIV se convertirá cada vez más en una arqueología. Entre el canto espontáneo del pueblo y la tradición cultural de sus amos, el abismo se agranda con cada momento que pasa. En vano, quiere el burgués luchar. En vano, predicará cruzadas clásicas y neoclásicas. El tiempo corre, llevándose consigo los pensamientos muertos y las artes difuntas. La cultura se refina, no puede sino refinarse. Porque los clases se distinguen cada vez más

unas de otras, y el proletariado se distingue cada vez más de la burguesía. La tragedia de esta última es colocar lo mejor de su corazón en esta religión de la cultura, que no puede llegar a ser una catolicidad, haber preparado un banquete en el cual, a pesar de Michelet y a pesar de Jaurés, el pueblo no tendrá asiento. El reformismo muestra aquí su miseria. Es necesario, o bien mantener tanto tiempo como se pueda, contra el pueblo, los valores de la cultura, o bien aceptar que éste haga surgir otros, aún desconocidos. Esperar que se arreglarán las cosas dando al pueblo una pequeña parcela de cultura, atrayendo a algunos de sus hijos, es ilusión o táctica de humanitario rico que cree que el pueblo es su ayuda de cámara, y que confunde el proletariado con los mandatarios que lo traicionan, desde Herriot hasta Dubreuil. Porque los funcionarios de la presidencia podrán seducir a cada secretario de sindicato, a cada delegado comunista, mostrándole en el Palais Bourbon las pinturas de Delacroix. Pero, en la misma medida en que ha ya sido seducido, cesará éste de representar al proletariado, el cual no comprende y comprenderá cada vez menos las representaciones míticas, y que, o bien sucumbe a la inteligencia, o bien se sirve de ella para fines que sus amos jamás

previeron. El problema de la cultura, en definitiva, torna siempre a ser el problema de la revolución. Y se trata de saber si se cree en el pueblo, o si se lo teme.

EL BURGUÉS

El burgués no puede sino oponer los valores culturales a los valores industriales. Permanece apegado a nociones muertas porque duda de su propia vida. Es el hombre del derecho adquirido. La herencia misma no es más que uno de esos derechos. Hijo de una prebenda y de un privilegio, quiere que se le pague según la antigüedad, no según el trabajo. Ford considera que su fábrica renace, cartesiana-mente, cada mañana. Pero el burgués defiende una riqueza abstracta. Su fortuna descansa, o bien en un privilegio jurídico, o bien en la opinión de los demás. He aquí por qué la economía burguesa tiende siempre hacia una psicología, su moral hacia una glorificación del pasado, hacia una historia.

El burgués apoya sus reivindicaciones sobre los títulos adquiridos, no sobre el servicio rendido. Estatuto de funcionarios. Y en el país gerontocrático

que es Francia, los negocios privados superan a este respecto a los servicios públicos. Se puede presidir el directorio de una gran empresa, a una edad en que no se tendría más el derecho de tener asiento en un tribunal. Las empresas francesas, son, en verdad, rentas vitalicias. Todo está en la longevidad. Y lo más ¡m portante, llevar bien sus sesenta años. Los propios viejos reconocen el abuso del que aprovechan, pero caen en un círculo vicioso. Porque aquel a quien se repitió, durante toda su juventud: ¡paciencia!, se os pagará más tarde, necesariamente lo repite a su turno.

De tal modo, la principal actividad de los subordinados consiste en hacer valer sus títulos; la principal actividad del jefe, pesar los títulos que aquéllos hacen valer: "Yo, que estoy acá desde hace cuarenta y cinco años, y que soy hijo de quien fuera subdirector de la agencia de Narbonne. . .Sólo que este gerontocratismo es poco compatible con el ritmo del mundo moderno. El burgués siente que se afloja el lazo que lo liga a su propia fortuna. Cree, más que sí mismo, en los hombres nuevos que la máquina crea para su propio uso, que confían en la técnica que do minan y no en la consideración de

que gozan, que defienden un organismo del que se sirven, no un tesoro amasado.

He ahí por qué el burgués invoca sin cesar la cultura, y no se fía más a ella. Gusta de las Historias de Francia de Sacha Guitry pero sabe que triunfa el film americano. La sombra que lo gana es la sombra que, en su progreso, proyecta la máquina, que él ha puesto en movimiento, y que lo está matando.

Volveré sobre este tema.

LA VEDETTE

Como siente que no puede justificarse por la cultura, campo de batalla y de ningún modo tierra de reconciliación, el burgués procura justificarse por la vedette. Tal vez ella sea la que caracteriza mejor la democracia burguesa en el espacio Y en el tiempo. Enrique IV no parece haber estado en modo alguno inquieto porque la Florencia de los Médicis haya producido mayor número de grandes hombres que París bajo su reinado. Probablemente no paró mientes en ello. En Roma, en Esparta y aun en Atenas, la estatua de la Ciudad se cernía a gran altura por encima de los individuos, cualquiera que fue-

ra la grandeza de éstos. La colectividad valía por sí misma, no por los hombres de excepción que ella producía. Sin duda, existían los juegos Olímpicos. Pero cuando Sófocles celebra a Atenas, no habla de sus grandes hombres. Es siempre la ciudad de Minerva. Y aun Du Bellay, cuando hace el elogio de Francia, no habla de Juana de Arco, ni de Bayard: Madre de las artes, de las armas, y de las leyes. Por el contrario, después del triunfo de la burguesía, se diría que la humanidad está hecha para el gran hombre, y no el gran hombre para la humanidad. Cuando Taine desembarca en la Inglaterra victoriana, edad de oro, tierra prometida de la burguesía, ¿cuál es el pensador de quien de inmediato se le habla? Carlyle. Culto de los grandes hombres.

El burgués se representa al mundo como dividido en un cierto número de naciones, cuyas medidas dan, en última instancia, el gran hombre y la obra maestra.. Yo soy más grande que tú, porque Goethe es más grande que Víctor Hugo, piensa el alemán. Yo soy más grande que tú, porque Shakespeare es más grande que Racine, piensa el inglés. No, pero, después de todo, ¿quién ha descubierto los microbios?, responde el titi parisién. ¿Yquién

descubrió la circulación de la sangre?, retruca el cockney.

Este es su Westminster, dice Lenin a Trotsky cuando le muestra Londres. Westminster, paladión de la burguesía inglesa; el Panteón, paladión de la burguesía francesa. En Roma, eran los dioses que el Panteón contenía.

La U. R. S. S., los Imperios asiáticos, los musulmanes, tiene mucho menos en cuenta a la vedette. Eisenstein rueda films sin vedette. Y Lenin asombra a sus biógrafos burgueses porque él no es una vedette. Vale en función de Rusia, en función del comunismo. Muchos fascistas dan mayor valor a Mussolini que al fascismo; ven en el fascismo un medio por el cual Mussolini se expresa. Cuando se trata de Lenin, este género de problema resulta absurdo. Él no tiene nada de extraordinario, no monta a caballo mejor que cualquier otro. No se parece ni a Montecristo, ni a Napoleón. Grande, sencillamente. Un hombre entre los hombres.

Pero en Occidente, nada vale sino por la vedette. Nada existe sino para la vedette. Espectáculos hechos para la vedette. No se va a ver una pieza, se va a ver a un autor o a un actor.

Salones hechos para la vedette. ¿Qué es un salón parisién? Una reunión de personas que esperan que pase la vedette. Hoy Berthelot, mañana Valéry. Berthelot contará la anécdota sobre el general C. . . , que contó cien veces, que todo el mundo conoce, pero que cada uno quiere oír de su propia boca. Valéry pronunciará su discurso habitual sobre los poetas chinos. Salas gratuitas de espectáculos, una buena anfitriona atiende el suyo como Volterra el Casino de Paris.

Diarios hechos para la vedette. Reportaje en el país de las vedettes. Cómo firman. Cómo hablan por teléfono. Cómo se lavan las manos. Propaganda por medio de las vedettes; vino Mariani, crême siamoise, Lucky Strike.

Sociedad edificada para la vedette. La teoría burguesa de los derechos del hombre reivindica esencialmente el derecho de cada uno a convertirse en vedette. El Panteón abierto a todos. Y se considera saldada la deuda con el pueblo, desde que se acuerda a los suyos el libre ejercicio del genio, si lo tienen. Podéis correr vuestra chance. ¿Perdisteis? Culpaos a vosotros mismos.

Se diría que el hombre comienza siendo un esbozo de vedette, una vedette en potencia. Y William

James, el filósofo burgués de los Estados Unidos, representa a la naturaleza como una gran mezcladora, la humanidad como una gran mezcla para obtener una elite. Los Estados Unidos se creen una democracia perfecta porque el presidente de la república puede ser un ex vendedor de diarios. Yo no creo que esta ideología proviene de Darwin ni de Nietzsche. No hay en ella ningún pesimismo, ningún heroísmo, ningún propósito de sacrificar el hombre al superhombre. Son más bien la sociedad anónima, el sistema parlamentario, la ciudad de Dios protestante, los que conducen a concebir una humanidad en la cual las operaciones esenciales se efectuarían por delegación. Y el pueblo frecuentemente lo acepta, Una extraña ecuación se forma en esas cabezas de zanahoria: mi mujer es a la mujer de mi amigo milanés, lo que Miss Francia es a Miss Italia. Y mí inteligencia es a la de un alemán, como el genio de Descartes al genio de Kant.

Es así como la vedette justifica la democracia. Porque Herriot es sobrino de una cocinera, las cocineras no tienen de qué quejarse, aun si el horno despidе demasiado calor. Puesto que Maurice Chevalier fue dactilógrafo, los dactilógrafos deben estar tranquilos: nada les impide ganar veinte millones en

Hollywood. Sólo que, si la vedette legitima la constitución democrática, no legitima en cambio los privilegios particulares de la burguesía. Del hecho de que Briand provenga de una familia muy humilde, resulta que el acceso al poder no está vedado a los hombres del pueblo, pero no que los derechos de Rothschild sobre la fortuna de sus abuelos estén fundados en la metafísica.

Para que el burgués pueda legitimarse por medio de la vedette, haría falta vincular la vedette a la cultura. Barrés lo intenta después de Taine. Ellos no han tenido, por otra parte, buen éxito. Y yo no tengo paciencia suficiente para retomar esos viejos debates, mostrar después de tantos otros que Víctor Hugo no es simplemente un hijo de un general, y que la Auvernia no explica en absoluto a Pascal. Esta tentativa de resolver hegelianamente, por la vedette, la antinomia de aristocratismo y democracia, parece de tal modo pueril que no se hubiera producido jamás si la burguesía no hubiese tenido en ello un interés evidente. Mas ella quiere mantener sus prerrogativas en nombre de la hospitalidad hipotética que ofrecerá al genio. Mantengamos el Conservatorio se dice a la portera, Eso no os costará muy caro y vuestra hija, si es una Rachel, estará

contenta de encontrar allí nuestros viejos maestros". Sofisma continuamente repetido por los salones que se organizan en función del talento que recibirán más tarde, del gran nombre a quien aportarán una consagración necesaria, en tanto que, en realidad, no pueden sino dar su aprobación a glorias ya consagradas. Del mismo modo en Los Maestros Cantores, Hans Sachs salva a Beckniesser del pueblo que quiere castigar sus trampas, en nombre de Walter a quien Beckniesser ha robado. Guardan su palacio porque el príncipe encantador podría llegar allí un día; y, con el palacio, el sueño. ¿Porqué tenéis un palacio, y yo no?, pregunta el joven poeta a la condesa. Para recibiros mejor, hijo mío.

3

**APELACION DEL FILOSOFO
EL BURGUES CONTRA LA EVIDENCIA**

Cuando el burgués se cansa de proclamar inevitables los males que el revolucionario denuncia, cuando duda de su propia excelencia y de que pueda subsistir exactamente como un poema de Keats, cambia de táctica y reprocha a las reivindicaciones revolucionarias por no ser interesantes. Rechaza la acusación como superficial. "Qué es la miseria, ante los males innumerables que agobian a la sufriente humanidad escribe Paul LeroyBeaulicu, ante la enfermedad, ante la muerte, ante los sufrimientos morales, los más crueles de todos. Poco importan a este economista la producción y la distribución de

las riquezas: el hombre, después de todo, no vive sólo de pan.

Poco importan, por consiguiente, la injusticia de los privilegios que se gozan, lo absurdo de la acción que se ejerce. Sí, son absurdas las fábricas. El obrero condenado a un trabajo siempre igual por un taylorismo cada vez más implacable. Sí, la vida de mis obreros, de mis empleados, me parece injustificable, Y la mía también, que se asemeja a la de ellos. Yo no sé: por qué recomienzo cada mañana el trabajo en mi oficina, donde leo cartas, dicto cartas que tal vez no tienen ningún objeto. El Crédit Lyonnais, es absurdo. El Comité des Forges es absurdo. La Compañía General de Electricidad es absurda. Y debemos estar todos intoxicados ¿por qué veneno?, para no darnos cuenta de ello. Lo sé, pero me es igual, porque tengo un alma. Así piensa el burgués. Malingear, hombre excelente, hombre admirable dice al retrato de su amigo, un personaje de Labiche, te hemos engañado: pero no estoy arrepentido, porque tengo remordimientos. Reparación del hecho por la vida interior que lo compensa, y de la falta por la conciencia que se tiene de ella, vía de escape del burgués perseguido. Pueblo excelente,

pueblo admirable, te he explotado, te exploto. Pero no me arrepiento, porque tengo preocupaciones.

Incomodado por la evidencia, el burgués lucha contra ella. La detesta. Intenta siempre disimularla y descomponerla. ¿Es el mundo en realidad tan claro? Recuerdo que en retórica superior, mi profesor de filosofía me devolvió un trabajo en cuya parte superior habla escrito con tinta roja: Habría podido decir lo mismo, menos claramente. Le gustaba mucho la música, el inconsciente, el bersonismo. Sabía muy bien lo que las autoridades educacionales esperaban de él: un universo danzante, dudoso, complejo. La rigidez de las proposiciones racionales, la estupidez de los hechos, lo exasperaban. Literatura de Proust. Proust adora mostrar cómo uno se engaña, y que no es posible juzgar a las personas por su apariencia (el burgués no quiere que se le juzgue por la apariencia, porque no quiere que se le juzgue de ningún modo). ¿Ese señor os parece enamorado de su mujer? Y bien, no. Sabed que es pederasta. ¿Esta dama os parece apegada a su marido? ¡Puf! Ella es lesbiana. ¿Ese personaje, en la puerta de la iglesia tiene todo el aspecto de un viejo inútil? Es un hombre de genio, el más grande compositor de su siglo. ¿Esta dama os parece distinguida? Es una antigua

écuyére de circo. ¿Esta otra dama parece una cocotte? Es la hermana del rey de Inglaterra. Desconfiad, por ende, de lo que creéis evidente. Pero eso que en Proust es un procedimiento artístico, en los filósofos se convierte en un método y en una actitud mental. Ved, si no, a Gabriel Marcel. Por cierto, no se lo puede acusar de ser demasiado desconfiado. Por el contrario, está siempre pronto a creer en todo. Ha creído en las mesas giratorias. Ha creído en los ectoplasmas. En las médium de Nantes. En las intuiciones. En las coincidencias. El menor truco de mago lo pasma y ningún misterio le resulta chocante. Si un joven poeta belga, de paso y por París, dijera a Marcel: "Subía por la avenida de los Campos Eliseos. El obelisco, de pronto, se puso a perseguirme. Parecía de mal humor, me gritaba: «Espera un poco. Todos vosotros comenzáis a aburrirme con vuestros fetiches precolombinos. Yo te voy a mostrar lo que son los sortilegios del antiguo Egipto». Y me habría, seguramente, alcanzado si el Grand Palais, que siempre me fue muy favorable, no hubiera, gentilmente, obstruido la avenida, gracias a lo cual pude llegar a los muelles, subir por el boulevard Saint Germain y encontrarme con usted", Marcel no encontraría en ese relato nada de inver-

símil. Sólo que él sabe razonar. Él no cree que dos más dos sumen cuatro, ni que una vejiga sea siempre distinta de una linterna. Cuando pronunciáis frases de este género, las facultades críticas, por otra parte comprimidas, de Gabriel Marcel, comienzan a funcionar. Se enerva, tose, se estremece. No puede contenerse de interrumpiros. Y comienza de ordinario sus interrupciones con: No, verdaderamente, eso es un poco simple, o no verdaderamente, eso es demasiado cómodo, porque para él simplicidad y comodidad son los dos signos por los cuales se reconoce el error.

Con ese sistema, todas las triquiñuelas son posibles, se puede acumularlas tanto como os plazca. Todo se complica y profundiza tan bien que no hay más preguntas, no hay sino problemas. Tomemos, por ejemplo, la reivindicación proletaria de la libertad. El obrero dice algo claro: Cuando, para no morir de hambre, es necesario hacer el trabajo que se os ordena en las condiciones que se os imponen, no se es libre. El burgués contesta: ¿Qué es la libertad? Hay un malentendido sobre la palabra libertad. El pueblo cree que la libertad es un bien que se le rehusa y que podría dársele. Eso sería demasiado simple. Ella preexiste, se la descubre, no hay sino

que buscarla bien. No puede ser concedida, no puede ser conquistada. No depende de la sociedad, ni del derecho. Está en el alma. Releed el Ensayo sobre los datos inmediatos de la conciencia. Después de haberlo releído, preguntaos en qué un hombre pobre es más libre que un hombre rico y interrogación que, si cabe, es aún más importante, ¿en qué un héroe es más libre que un cobarde? Vosotros no podéis responder a eso. Nada os permite creer que Renault es más libre que sus obreros. Nada os permite afirmar que Saint Just fue más libre que Douriez.

De tal modo, yo considero la teoría bergsoniana de la libertad como la más conformista y burguesa. Para quienquiera que considere los hechos desde un punto de vista humano, es la valentía la que determina el emplazamiento de la libertad. Ésta no es un secreto que se descubre, sino un derecho que se reivindica y que se ejerce siempre que se despliegue una fuerza suficiente. Libertad, defensa de la libertad, es todo uno. Pero, ¿qué filósofo, cuando reflexiona sobre la libertad, se acuerda de la Marsellesa?

Es, por el contrario, en la complejidad donde los filósofos encuentran la prueba y la marca de su libertad. Libres, cuando dicen a la vez sí y no, o

cuando no dicen ni sí ni no. Un espíritu les parece tanto más libre cuanto acepte más servilmente lo que es, y opine menos sobre lo que debe ser.

¿Qué es la libertad? ¿Qué es la verdad? ¿Qué es la justicia? ¿Qué es la revolución? Yo escribo Muerte del pensamiento burgués. Periodistas más bien simples Vaudel me responderán: Os engañáis. El pensamiento burgués no está muerto, y la mejor prueba es que yo me gano, por cierto, muy bien la vida. Periodistas irritables me contestarán: Que estéis equivocado o que tengáis razón, poco me importa. Me exasperáis. Un verdadero burgués responderá:

¿Qué es eso del pensamiento burgués? Pensamiento burgués, he ahí algo que hubiera asombrado a Flaubert. No existe el pensamiento burgués. La burguesía es sólo adquisición, maniobra. ¿Estáis seguro, verdaderamente, de que el pensamiento burgués existe? Pero, sí, señores estoy seguro. No digo que hay un modo burgués de calcular la longitud de una hipotenusa, ni un modo proletario de contar hasta diez. Sólo que creo que existe una manera burguesa de juzgar sobre lo correcto u oportuno y sobre lo inconveniente. Cosas que pueden hacerse y cosas que no se pueden hacer. Muchachas

que uno puede desposar y muchachas que no puede desposar. Y así, pues, una cierta idea burguesa del bien y del mal. Del hombre y de la mujer. De la moral y del pecado. Sí, el pensamiento burgués existe, porque continuamente choco contra él. Esta mujer se mata porque no puede ni renunciar al amor que le falta ni sacrificar la consideración de que goza. Ese tío morirá sin volver a ver al sobrino que ha educado, porque, contra su opinión, éste se casó con una mujer de mala familia. Esa madre no habla más a su hijo: éste se ha casado con una judía. Esta joven vendedora se ha producido una infección en un aborto. Hubiese podido criar a su hijo. Su amante no la hubiera abandonado. Ahora tiene una salpingitis doble. Pero era necesario que no se supiera nada en el barrio. Pensamiento burgués, pensamiento burgués y su obra de muerte. En torno de mí. En mí. ¿Se supone que me creo libre de él? Amores contrariados, vidas contrahechas, aventuras a las que se ha renunciado, hijos que se han evitado, el cerebro que se esclerosa, el corazón que se encoge. Las pequeñas maquinaciones mezquinas a las que uno se decide por que ha perdido, sí, perdido, en el gran juego. Y el amor mismo, que no es más

que un medio hipócrita de negar la pérdida y de diferir el pago.

BRUNSCHWIG Y LA COSA ENVUELTA

No comprendéis ciertos distingos me susurra con su voz dulce el filósofo. Soy profesor. Soy contribuyente. Soy rentista. Mas cuando me encierro en mi gabinete no soy más un profesor, ni un contribuyente, ni un rentista. Soy un hombre que medita. Confundís la vestimenta con la persona, la envoltura con la cosa envuelta. Bajo esos cambiantes oropeles, no veis al hombre eterno, al hombre interior que no se os alcanza, y que yo soy". Se me ha reprochado muy frecuentemente tomar así a los seres y a las cosas, superficialmente. Lo confieso: distingo mal la envoltura y la cosa envuelta. Es por eso que he hablado de Jean Wahl sin haber explorado previamente en todos sus recovecos el inconsciente de Wahl. He leído a Maurois sin advertir los escrúpulos secretos de Maurois.

Pienso en Jaloux sin considerar la relación de Jaloux con Dios. Yo tomo los libros tontamente, como los editores los imprimen, y las personas tal

como se me aparecen en las oportunidades en que las veo. En lugar de seguirlas, como haría falta, como Du Bos me invita a hacerlo, allí a donde ellas se escapan, a su soledad. Y esto es muy lamentable: porque Lodo lo que me parece verdadero se convierte, según parece, en falso, en ese dominio mágico al que no tengo acceso. Allí, exquisitas heroínas que yo no veré jamás, enlazan a Mauriac con sus brazos perfumados. Allí, Bourget compone canciones sobre los amores de las modistillas. Cremieux resuelve con facilidad las contradicciones de los Anales y de la Nouvelle Revue Française. Cocteau no procura agradar. Olvidada del dinero, y aun del éxito, insensible a todas las seducciones de la burguesía, despreciando todo conformismo, libre de toda ruindad, la cosa envuelta del literato desarrolla su poema.

Del mismo modo, en política, yo no llego jamás a captar el fin del fin. Vagabundeo a veces por el Palais Bourbon. Tengo algunos amigos bien informados. Consienten en recibirme. Me explican que Tardieu, aunque parece de lejos un poco fascista, es en el fondo un verdadero hombre de izquierda. Que los diputados que parecen votar por el gobierno no lo hacen sino para derribarlo mejor.

Que Paul Reynaud trabaja para reconstruir el Cartel y Daladier para el retorno de las congregaciones. Que Poincaré quiere la alianza franco alemana y no puede lograrla porque Caillaux la impide. Y que el gobierno será de izquierda porque las elecciones fueron de derecha. Yo no llego a creerles. Escucho las declaraciones, miro los votos. Y me quedo allí. Y no estoy tan equivocado como podría suponerse: porque nuevos misterios vienen siempre a agregarse a los primeros, y, al fin de cuentas, Tardieu continúa trabajando para la derecha y Boonefous no adhiere al partido socialista.

Es verdaderamente una bella distinción ésa de la envoltura y de la cosa envuelta. Establece una relación irreversible. No se puede acusar a la cosa envuelta en nombre de la envoltura; y se puede defender muy bien la envoltura en nombre de la cosa envuelta. Si, por ejemplo, digo a Brunschwig: Sois profesor, sois contribuyente, sois rentista, no creéis que vuestra filosofía ..., me responderá: Envolturas, envolturas, y me hará sentir que soy un mal educado. Pero si se amenaza su cátedra o sus rentas, su cosa en vuelta gritará que se está atentando contra ella, que se acabó el libre pensamiento, la especulación desinteresada y el hombre eterno. El

camino que se prohíbe seguir al revolucionario, lo efectúan por sí mismos, sin cesar, a la inversa.

Y este pensamiento independiente de sus elementos sociales puede siempre justificar tal o, cual estado de la sociedad ... Tenemos, quizá, el derecho de desconfiar un poco, cuando los filósofos invocan el pensamiento puro. Boutroux, era un pensador puro; sus estudios sobre la filosofía alemana no procedían sino del libre juego de la crítica; y he aquí que en 1914, precisamente en 1914, Boutroux se pone repentinamente a renegar del kantismo. Bergson es un pensador puro: buscaba liberar del mecanismo que lo con tiene el impulso vital, sustancia de este mundo. Nos daba bastante trabajo representarnos claramente la distinción de lo mecánico y lo viviente; y en 1914 la distinción pasó a ser muy simple. Lo mecánico era Bismarck, Guillermo II, Ludendorff y, en general, Alemania. En cuanto al impulso vital, teníamos muy cerca de nosotros dos imágenes perfectamente adecuadas, que no habíamos tenido suficientemente en cuenta hasta entonces: el mariscal Joffre y Raymond Poincaré. Se pudo, por ende, decir al extranjero: Ved, ved, señores neutrales, el metafísico Bergson, el inventor de la duración, deduce de sus doctrinas y vosotros las

admiráis que los alemanes son monigotes y que vosotros de béis luchar a nuestro lado tanto tiempo como el impulso vital de Poincaré lo exija. Este género de razonamiento es perfectamente legítimo porque se va de la cosa envuelta filosófica a la envoltura política. Mas supongamos que se efectúa un razonamiento contrario, que se diga: La doctrina de Bergson debe de ser falsa porque conduce a conclusiones absurdas. He observado de cerca al mariscal Jofre; he examinado con detenimiento una foto de Ludendorff; estoy obligado a concluir que el impulso vital y lo mecánico son la misma cosa. Ese razonamiento sería inaceptable porque partiría de la envoltura para llegar a la cosa envuelta. Se ve cuánto mejor es la posición del filósofo que la del matemático. Einstein formula una teoría de la relatividad. Deduce ciertas afirmaciones concernientes al planeta Mercurio que debe de encontrarse en tal lugar en tal fecha. Que Mercurio falte a la cita, y echa por tierra la teoría: hay que recomenzarlo todo. Mas para un sistema filosófico, si Mercurio aparece como es debido, eso constituye una prueba; si no aparece, no constituye en modo alguno una refutación. Porque los matemáticos no tienen la cosa envuelta.

PRIMERA ADVERTENCIA A LOS CONVERSOS LITERARIOS

Los conversos, por el contrario, bien que la tienen y se sirven de ella sabiamente. Un converso, como se sabe, no es un católico, sino la suma de un católico y de un no católico. Católico en cuanto a la sustancia y no católico en cuanto a la forma. Luego, puede juzgar del universo no cristiano al que aprehende desde afuera como yo, y del universo cristiano al que aprehende desde adentro. De suerte que yo no puedo opinar sobre el caso de Santa Teresa de Lisieux, que me parece haber sido canonizada un poco apresuradamente y haber dejado obras muy mediocres (¡cosa envuelta! ¡cosa envuelta!), pero ellos pueden opinar muy bien sobre el caso de Byron o sobre el de Nietzsche. El intelectual convertido al catolicismo entrega su pensamiento a un Mediador y a un director. Toda su conversión consiste precisamente en esa entrega. Pero, al mismo tiempo, finge que ese pensamiento conserva la libertad que tenía anteriormente. Yo digo que eso es hacer un nuevo juego de palabras sobre el término libertad. Un católico no es libre en el sentido que nosotros, los no católicos, damos a esa palabra. No

es ya libre de pensar lo que le plazca, de escribir lo que le plazca. Y no es una respuesta la de decir: en cualquier caso, no me gustaría. Porque no incumbe a José saber qué es lo que pensaría si no fuera orfebre. Un católico forma parte de determinado grupo. Defiende determinada causa. Allí donde el grupo está amenazado, no puede ser juez, no puede ser sino parte, y no tiene el derecho de creer, ni aun dejar que se crea, que es imparcial, cuando ha reemplazado el fardo para él demasiado pesado de la libertad por el reposo del compromiso voluntario. Él debe cuentas a un tribunal que no es literario. Se ha retirado de cierta mesa para acercarse a otra. ¿Y es mucho pedir que no pretenda conservar su lugar en las dos y jugar a dos puntas entre la crítica y la fe? ¿Es mucho pedir que se comporte hacia nosotros como desea que nos comportemos hacia él, y que se abstenga de juzgar allí donde no puede ya comprender? ¿Que no finja examinar problemas de los cuales tiene por adelantado la solución? Los católicos dicen constantemente a los revolucionarios: Vosotros sois malos revolucionarios. Un verdadero revolucionario debería. . . Yo no caeré en ese ridículo. No me corresponde decir lo que un católico debe a su Iglesia, ni oponer como sería sin duda

fácil el padre Foucault a Du Bos o a Schwod. Sólo que tengo tal vez el derecho de recordar a los conversos lo que deben a los hombres que conservan sus ideas y a la sociedad de la cual ellos se retiran. Les deben honestidad. Y no se la dan. Que sean todo lo católicos que quieran, ¿no pueden dejar de pretenderse liberales? ¿No pueden dejar de pretender recoger de dos mesas a la vez, cuando han retirado su apuesta de una de ellas?

Bossuet opinó francamente contra Molière, pero Maritain quiere a la vez opinar contra Molière como Bossuet, y opinar entre Molière y Corneille como Boileau. Pretende juzgar en el plano de la estética, ahora que está realmente en el de la teología. Marcel hace crítica literaria de un diario de izquierda. Se convirtió. No advierte siquiera a los lectores de su conversión. Cree poder leer un libro de Gide, de Malraux o de Montherlant, como si no estuviera se parado de ellos por su conversión de una manera radical. No entiendo bien cómo lo hacen, pero logran vanagloriarse simultáneamente de su parcialidad y de su imparcialidad.

El peor ejemplo de este género de trampas, es el caso de Rimbaud. Haría falta verdaderamente terminarlo. Rimbaud ha escrito libros blasfemos. Se

declaró pagano. Afirmó que no se embarcaría en una boda con jesucristo por suegro. Arrojó Sagesse al canasto, y apodó Loyolaa Verlaine, porque colaboraba en el Roseau d'or. En cambio, su hermana Isabel, que pa rece no haberlo comprendido nunca muy bien, afirma que tuvo en Marsella un fin edificante. Tenemos las mejores razones para dudar de su testimonio. Pero sin discutir el hecho, y sin dar todos los motivos para recusar a Isabel Rimbaud, supongamos a Bossuet en presencia de este caso. Si hubiera creído en la conversión de Rimbaud, se serviría de ella para descalificar la poesía de que fue autor. Mostraría de un lado a Rimbaud el poeta, con todos sus pecados; del otro, Rimbaud el cristiano; y cantarí el poder de la gracia. Un converso tiene más sutileza. Porque el alma de Rimbaud se ha convertido en cristiana, su poesía también se convertirá, cualesquiera que puedan ser, por lo demás, las apariencias. Las Illuminations y la Saison en enfer se convertirán en libros católicos, ¡He ahí hasta dónde extravía el hábito del autoengaño a los que se acostumbran a él! ¡La conversión de Rimbaud permanece muy dudosa, pero qué ¡m porta! Que tomen o dejen ese cadáver ... el poeta Rimbaud les escupió en la cara: ¡Que se lo aguanten y dejen de pretender

que Rimbaud era uno de ellos! Tienen un santo por día en el calendario: ¿no pueden dejar a Nietzsche tranquilo, puesto que él los odiaba? Pronto dirán que nosotros no comprendemos a Nietzsche. ¿Acaso nosotros les decimos que no comprenden a Santo Tomás? En otro tiempo, ellos calumniaban a sus enemigos; en la actualidad, se los anexan. Y esto porque el converso se cree la suma de un católico y de un librepensador. Debo decir que en realidad es culpa nuestra. Un deplorable snobismo y una incontestable cobardía nos han hecho perder el saludable hábito de denunciar en cada ocasión sus fullerías y trapacerías. El diputado católico está satisfecho de ir a misa; el diputado librepensador, avergonzado de no ir. El escritor ateo trastornado por William James, Bergson, y luego toda la escuela de suboscurantistas, ha terminado por admitir que algo le falta: que, por consiguiente, Bernanos es Roger Martin du Gard con una facultad más que Roger Martin du Gard tiene. Opinión con toda evidencia insostenible. Si Roger Martin du Gard hubiese sido católico, su tía hubiera tenido barba, París estaría dentro de una botella, Los Thibault no hubiese sido escrito, etcétera. Y Bernanos es tan incapaz de comprender a Diderot como Roger Martin du Gard

a San Juan de la Cruz. Si fuera católico, Martin du Gard no podría pintar, como lo hace, una operación, una consulta, una agonía. Pero hay libertades perdidas que será duro, sin duda, reconquistar, ya que los católicos se han acostumbrado a nuestra inconcebible y estúpida humildad.

DU BOS Y EL ALMA VOLADORA

Gracias a la envoltura y a la cosa envuelta, el burgués elude toda acusación. Ningún reproche puede alcanzarlo ya. Aquello de que uno habla, no es nunca aquello de que se trata. Porque la acusación no puede sino referirse a los hechos y a las apariencias. Por la vida interior, el burgués se salvará siempre, pues en un dominio donde todo se convierte en verdadero desde el momento que uno lo afirma. De ahí el gusto enfermizo que tiene el burgués por la psicología, De ahí su espiritualismo latente. De ahí la convicción que tiene de que el pecado más grave contra el espíritu es conceder mayor importancia a los hechos que a la invisible realidad, a la vida real, a la vida, en una palabra, que a la vida interior. No sólo no ven los literatos contem-

poráneos el mundo que los rodea, sino que les parecería muy mal verlo. Creerían que decaen si llegan a considerar otra cosa que el desarrollo de sus estados de ánimo. Esos estados en sí mismos son ya una decadencia, porque el alma vale con independencia de los estados que la manifiestan. No vale, probablemente, sino con independencia de esos estados. El Diálogo con André Gide, de Charles Du Bos, me ofrece un ejemplo particularmente notable de este extraño estado de espíritu. Lamento que no sea más leído este libro, que despliega una bella colección de imágenes de espiritualismo patológico. En cuanto a mí, haría de él un libro de cabecera. Las astucias del burgués para defender su alma son por cierto equivalentes a las astucias de que ese mismo burgués se vale para defender sus rentas contra el influjo estatizante. Es lástima que ningún autor muestre éstas con el mismo candor con que Du Bos muestra las primeras.

Du Bos, como es sabido, era amigo de Gide. Le transmitió no pocas cosas porque Gide escribió hacia su pubertad: Yo he vivido muchas vidas, y la real ha sido la menos importante. Cuando se ha escrito una frase semejante, innecesario decirlo, se es alguien. Sólo que Gide renego de ella, y, de un modo

más general, de los Cuadernos de André Walter, donde se ha ¡la. Seducido por el Diablo, escribió más tarde: El error residía ... en volver, por prejuicio, la espalda a la realidad. Du Bos seguía apreciando a Gide, pero se sintió muy inquieto. Volver la espalda a la realidad no puede ser un error. ¿En qué se estaba convirtiendo Gide? Las inquietud de Du Bos se vieron ampliamente con firmadas. En efecto, Gide llegó hasta a escribir: En la soledad ... me parece que mi vida disminuye su ritmo, que se detiene y que realmente voy a dejar de ser. Eso os parece inocente. Y os parecería más inocente aún si yo no hubiese suprimido los complementos circunstanciales. ¡Y bien! Estas pocas palabras bastaron al psicólogo que es Du Bos para probarle que Gide estaba perdido. Examinad bien la frase. Implica una cierta preferencia por la envoltura en lugar de la cosa envuelta, por el mundo en lugar del yo. Du Bos llora, pero aún se calla. Pero, ¡ay!, el demonio es insaciable. Cuando tiene a su hombre, no lo suelta más. Como todos saben, Gide está poseído por él. A través de él porque después de todo Gide solo no hubiese llegado tan lejos, el demonio dicta esta declaración que ningún poseedor de la cosa envuelta podrá leer sin horror: Nunca soy sino lo que creo

ser. Vamos, esto es demasiado. La copa desborda. ¿Adónde nos llevará Gide? ¡Cómo! ¿Du Bos no sería sino lo que cree ser? ¿Un hombre que, en Versalles, delante de la fuente de Neptuno, dicta a una dactilógrafa un diálogo con André Gide, en tanto que su esposa lleva a su hija al profesor de música y la cocinera prepara el almuerzo? Si uno se pone a hablar en esa forma en lugar de decir, como es debido: Parece que Du Bos dicta un libro. La apariencia es que su hija estudia piano. La envoltura de la dactilógrafa teclea en la máquina y la de la cocinera pone la comida al horno. Pero el fondo de las cosas, la verdadera realidad, son las postulaciones simultáneas de espiritualidades convergentes hacia un fin suprasensible, y como lo dijo admirablemente Lytton Strachey. . . , todo resulta amenazado. ¿Qué pasa con la psicología de Bergson? ¿Y con Mélisande? Se va a arrojar al agua. Si uno se pone a llamar pan al pan, pronto hablará mal de Stanislas Funet. ¿Y los Diarios íntimos? Si uno se pone a juzgar a las personas por las apariencias, Amiel corre el riesgo de parecer menos grande que Lord Byron. Un imperativo categórico obliga a Du Bos, por consiguiente, a atacar a Gide, a pesar de su vieja amistad. Enumerará en trescientas cincuenta apretadas pági-

nas todos los pecados de Gide contra la doctrina y contra las costumbres, pues diagnostica: Hay debilitamiento del sentido de lo invisible y de la virtud de la contemplación osemos decirlo, gradual desespiritualización en la obra de Gide". Osad decirlo, Du Bos, hacéis bien. Contra los enemigos de la patria, es necesaria la audacia, y siempre la audacia.

Habiendo así protegido su rebaño contra los ataques de Satán, Du Bos procura fortificarse del mejor modo posible. Al Yo no soy sino lo que creo ser de Gide, pone sólidamente: Yo no soy lo que creo que soy. Du Bos proclama, por ende, su fe "en la existencia del alma, por una parte, y, por la otra, en el constante sobrevuelo de esta alma con respecto a todos los estados todas las manifestaciones de mí mismo. Y Contra personas como Gide no les basta un alma a estos señores: hace falta también que sea voladora. Así, Gide no podrá atraparla. La dificultad reside en que esta alma debe no ser nunca yo mismo y ser, sin embargo, yo al mismo tiempo. Pero Du Bos es astuto: No se trata de ese desdoblamiento con el cual nos han familiarizado los psicólogos; es, para retomar el admirable verso de Claudel:

Quelqu'un qui soit en moi plus moimême que moi modelo ideal, hermano mayor, un nosotros mismos de más peso. ¿No comprendéis? Yo lo entiendo. Du Bos ha observado cuán sólida es, en Anfitrión, la posición de Mercurio Sosía. Hay el yo de aquí, el que se palpa, el que se conoce, hijo de Dave, honesto pastor, hermano de Arpage, muerto en el extranjero, esposo de la gazmoña Cléanthis, y hay un yo más severo, un yo del logis, que pega con todas sus fuerzas. Gide puede esforzarse toda su vida, jamás logrará alcanzar a Sosia. Si le dice: ¿Tú eres Sosia?, se le hará ver claro que se engaña. Si le dice: ¿Tú no eres Sosia?", eso sería un error más grave aún. Si dijera: ¿Tú eres Mercurio y Sosia?", el caso está previsto: no se trata de ese desdoblamiento con el que nos han familia rizado los psicólogos. ¡Ah, ah! El diablo es maligno, pero la Voladora es aún más maligna. No podéis afirmar de ella nada que no sea falso a priori. Si leyereis su Diario íntimo en su totalidad, tampoco podríais opinar sobre un alma distinta de todas sus manifestaciones. Si le sorprendierais en flagrante delito en un cabaret de Montmartre con dos alegres chicas, no tendríais el derecho de inferir ninguna conclusión. Gide podrá traer del Congo armas envenenadas, no herirá jamás

sino la envoltura de la Voladora. Como en Petrushka, le hará aún muecas burlonas y repetirá: No, no, yo no soy lo que creéis.

ESPIRITUALISMO BURGUES

Una vez que tenéis el alma voladora, todo se arregla. Uno puede sacar de su amistad con André Gide el máximo de provecho en el momento mismo en que reniega de ella. ¡Exigencias superiores de la moral! La cuestión social misma pierde su importancia. Se la ve desde lo alto. El unj verso no es más que un medio, del cual el Diario íntimo es el fin. El límite de los derechos de la burguesía sobre el proletariado no se encuentra más que en el pecado, que haría el vuelo del alma más pesado y el Diario íntimo menos bello. Toda acusación revolucionaria cae. Las cuestiones que ella plantea cambian de aspecto. La esclavitud, por ejemplo. No se trata de saber si la esclavitud es o no admisible con relación al esclavo, sino si lo es con relación al propietario de esclavos. Y esto debe ser examinado con cuidado. Mas desde el momento en que el propietario de esclavos es capaz de tener una vida inte-

rior, desde el momento que uno de sus hijos o uno de sus sobrinos redacta el Diario íntimo, no hay razón de inquietarse. Estamos dentro de un orden humano.

No solamente el burgués permanecería intangible y volador, sino que aun quedaría plenamente justificado, si pudiese presentarse como la cosa envuelta, de la cual el proletariado sería la envoltura; el alma, de la que el proletariado sería el cuerpo. El burgués sentiría y pensaría por el pueblo. Vedette de la vida interior. Leería a Racine, en tanto que el proletario montaría guardia para que no fuera molestado en su lectura: tendríamos, así también, un orden humano.

Y éste es justamente el fondo del pensamiento burgués. El burgués cree que está, con el proletario, en la misma relación que el alma con el cuerpo. De ahí su espiritualismo y su gusto por la frugalidad. El obrero se engaña cuando imagina al burgués ávido de lujos. El verdadero burgués no ama el lujo. Considera el lujo como uno de los primeros síntomas de la pobreza. Como derroche, en todo caso. Además de disminuir el ahorro, disminuye un capital aún más precioso: el conjunto de derechos que la frugalidad confiere sobre los hombres que uno explota.

El fabricante de sedas lionés se dice: Bien puedo ser duro con mis obreros porque viajo en tranvía y no me compro dos trajes por año. Mis obreros refunfunan porque sus mujeres quieren medias de seda; la mía las usa de algodón. El burgués desprecia al proletario porque lo encuentra interesado. No se representa la posesión de la riqueza como un hecho, ni como un privilegio, sino como la recompensa de una superioridad moral, la aureola gloriosa de su santidad. Puede querer el dinero tanto más cuanto menos piense en transformarlo en placeres materiales, y vea solamente en él un símbolo de su virtud. El burgués respeta a los ricos porque los cree virtuosos. Cuando se les aproxima, sin buscar beneficiarse de su fortuna, goza profundamente con la perfección, en cuya atmósfera se sitúa. Piensa que si no fuesen personas de bien no tendrían tanto dinero. Para las hijas de porteros, de tenderos, alguien de bien, quiere decir alguien rico. Y para las cartománticas, que conocen, mejor que Abel Hermant, el verdadero sentido de las palabras, un hombre bien quiere decir un hombre que tiene dinero. Dinero, signo de la gracia. Así piensa la dactilógrafa. Y el presidente de Banco. Y el notario. Uno practica la virtud. La fortuna le es dada por añadidura. En las

novelas de Jorge Ohnet, de Octavio Feuillet, un joven se enamora de una muchacha, y ésta resulta ser una heredera; una muchacha se prenda de un joven pobre, y resulta ser rico. Salomón no pide riquezas, pide sabiduría. Por ello es el más rico de los reyes de Israel. Y el hijo de un banquero protestante, bien nutrido en la Biblia, cree que si no fuera el virtuoso descendiente de virtuosos antepasados, su herencia no podría ser tan grande. ¿Qué es, por lo demás, la herencia, sino las virtudes acumuladas de vuestros antepasados? Tanto por el trabajo. Tanto por la sobriedad. Tanto por la continencia. He ahí por qué la modestia exige que uno calle su fortuna, pudor del burgués. El impuesto sobre la renta le choca con independencia de toda avaricia y de toda codicia. Los impuestos sucesorios le parecen atentados contra la inmortalidad del alma.

En cambio, la pobreza es índice evidente de vicio. Pobreza es vicio. Prueba, en primer lugar, que se es codicioso. Las gentes pobres son pobres porque aman demasiado al dinero. Porque están muy apegados a los bienes terrestres. Desapegados, se volverían económicos. Económicos, se volverían ricos. Ford dijo bien que si no se es multimillonario, es porque uno se precipita con demasiado frenesí

sobre el primer dólar que le llega. Los hombres se arruinan porque son jugadores. Son jugadores porque quieren ser ricos. Que cuiden bien su alma, ella les procurará la fortuna; porque un alma sana produce dinero como un manzano produce manzanas. La expresión una bella fortuna, es realmente justa y adecuada. En el Tirol, con uno de mis parientes nos encontramos con un agente de Bolsa. Se conocían un poco. Conversaron. Y, no sé por qué, fue pronunciado el nombre de un tal S ... Tiene, creo yo, una bella fortuna. Querrá usted decir una fortuna soberbia, replicó el corredor henchido de entusiasmo y de cólera, como si se le hubiera dicho: Sarah Bernhardt tiene, creo, cierto talento. A partir de cincuenta millones, un hombre deja de estar sujeto al error.

Cuando uno es capaz de equivocarse, no tiene cincuenta millones, piensan. Sin duda, existe el nuevo rico. Se sospecha de él. Se teme que la suma de sus bienes no represente una cantidad equivalente de virtud. Balances falsos. Pero la verdad, siempre, termina por volverse manifiesta. O el nuevo rico es realmente virtuoso, y pasará a la categoría de rico sin agregados despectivos. O no lo es. Y como los bienes mal adquiridos no aprovechan jamás, se

arruinará. Lo que viene de la especulación, se va por el juego.

Como se ve, el burgués es fundamentalmente espiritualista. Y el revolucionario es fundamentalmente materialista. Esta vieja batalla no está cerca de su fin. No me gustan las personas que gritan: abajo el dinero. Terminan siempre por gritar: abajo el espíritu, decía Duchesne. He ahí la línea de defensa burguesa. No me gustan las personas que gritan: viva el espíritu. Terminan siempre por gritar: viva el dinero; por defender, en nombre del espíritu, castas y privilegios, es, justamente, la línea de ataque revolucionaria. La de Lenin, la de Marx.

4

VIDA INTERIOR DEL BURGUEÉS

El burgués es, nadie lo ignora, un hombre con vida interior. El Espíritu que quiere defender, se lo representa como un discurso que, en el más íntimo secreto, se dirige a sí mismo.

Porque el burgués distingue entre el Espíritu y el Universo. El universo es una gran cebolla de capas superpuestas. Cada capa es a la vez necesaria e insuficiente. El burgués expresa esa necesidad diciendo: soy un hombre de orden (¡no dañemos las capas!). Y expresa esa insuficiencia diciendo: soy un viejo escéptico (no ve que su escepticismo alcanza solamente a las cosas, y no llega jamás a su propia persona).

Familia, nación, religión, deben, por ende, ser mantenidas. Pero algunas de éstas no pueden satisfacerle. Y sería muy erróneo buscar en ellas los fundamentos de su moral. ¿La familia? ¿No le reprocha Balzac haberla destruido con el Código Napoleón? ¿La nación? El burgués está por la cultura, pero detesta al Estado, y su alianza con el nacionalismo bien podría mostrarse menos sólida de lo que algunos creen. ¿La religión? Sí, en la medida en que el burgués encuentre en ésta una garantía de su inmortalidad, en que Dios lo prolonga en otra vida. No, en la medida en que ésta busca imponer una Iglesia. Burgués protestante, gallican, librepensador. En verdad, el burgués no podría creer mucho en el valor de nada que sea común. Toma siempre esa palabra en un sentido peyorativo. En tanto que cosas comunes, la familia, la nación, la religión, le parecen envolturas, buenas para el pueblo. El burgués no puede gustar completamente sino de las cosas distinguidas, esas que jamás se verán dos veces. No cree verdaderamente sino en las manadas. En la irreductible diferencia de su persona con todas las demás. La cebolla cósmica, minúsculo trozo de papel, donde se encierra un encuentra escrita una frase

que ningún lenguaje puede pronunciar, que ningún oído puede escuchar ... Sabor inimitable.

A fuerza de contemplar un mundo bulboso, el burgués se torna bulboso él mismo. ¡Ved si no a Daniel Halévy! ¡Lo bello, compuesto de epidermis! Un protestante, un católico, un judío, un nacionalista, un socialista, un conservador, un dreyfusista, un hijo de académico, un hijo de industrial, todo eso debe coexistir en su corazón. De ahí que recurra ora a la Acción Francesa, ora a las Universidades Populares, ora a los Cahiers de la Quinzaine, que se esfuerce por reconciliar a Michelet con Maurras, a Proudhon con Nietzsche. Adhiere a todo; todo lo adhiere. Y busco en vano qué se pueda decir, que no lo atraiga y disguste a la vez. La bella figura desolada de Daniel Halévy, reflejo de su eclecticismo doloroso, es la que toma necesariamente el burgués, si contempla el Cosmos.

Pero no lo contempla. El resultado normal de su arte es el monólogo interior. Deficioso yo, diferente de un sueño". Valéry, si prescindís del intelectualista que hay en él; Joyce, si prescindís del poeta épico, nos hacen esperar, para los años futuros, excesos de intimidad como para poner pálidos de envidia a todos los Du Bos. No hablar sino a

uno mismo. En un lenguaje fabricado para uno mismo, ¿se alcanzará, por fin, el sistema?

Sin embargo, es necesario que la mónada se desarrolle. Y el monólogo interior supone, ¡ay!, algún pretexto. Yo me veía verme y me oía hablar. El yo, planteándose, se opone. ¿Cómo reducir al mínimo este desdoblamiento metafísico? ¿Qué es lo que puedo decirme de más íntimo?

LA SENSACION ANALIZADA

Está, ante todo, la sensación. Entre la visión que yo tengo hoy del mar, y aquella que cualquier otro hombre haya tenido del mar, encuentro una diferencia; me esforzaré por hacerla valer. Un poeta épico se consagrará, dentro del universo, a aquello que es percibido igualmente por todos. Semejanza del mujik con el mujik, del amor con el amor, de la estepa con la estepa, he ahí precisamente lo que satisfacía la contemplación de Tolstoi. A Goethe, también * le parecía el universo, sustancia; el individuo, cáscara. Su heroína preferida, la vieja Macarie, observa a través de cada persona el juego astronómico de las leyes.

El burgués se orienta en la dirección opuesta. Siempre pretende no sentir como su compañero. y en eso reside, para él, la justificación. Desde la Astrée hasta Swann, es un esfuerzo continuo de análisis para subrayar las diferencias. Mi dolor de muelas no es vuestro dolor de muelas. Se trata de desarrollar al máximo este tema. Si la diferencia llega a ser absoluta, se habrá conquistado la eternidad, que es, en definitiva, lo más íntimo. Toda reivindicación revolucionaria u otra, tiene algo de frívola: porque no atañe a esa tarea esencial que el burgués se asigna.

Siempre se proclamó partidario de Spinoza. Encuentro muy cómico aquellos de sus comentaristas que vuelven sobre el asunto, explicando que él se engañaba, que no era en absoluto spinosista. Ruckert enseñaba eso. Ludwig lo repite. Parecería más sabio y prudente, no pretender enseñar a Goethe su propio pensamiento...

EL AMOR

El amor también constituye para él una justificación preciosa. Ved, de nuevo, a Proust. Sobre to-

do si se sustituye el amor que se vive por aquel de que se habla, si produce elegías y no hijos. Se convierte, entonces, en el mejor estimulante para el Diario íntimo. El burgués da mucha importancia a las cosas del corazón. Y esta ola de melancolía, de angustias, de esperanzas, de temores, de tristezas y de alegrías, barre con todos los escrúpulos que un adolescente podría concebir acerca de su condición social. ¿Se es Werther? ¿Podéis vosotros decentemente reprochar a Werther su haraganería o sus rentas? Él sufre, eso basta. Puede mirar desde lo alto a todos esos hombres que no conocen en absoluto su secreto. Uno piensa en Carlota, y, con negligente melancolía, vota por Francois Poncet, que os dejará pensar en Carlota sin molestaros. Uno embolsa sus rentas, y los arrendamientos que aportan los colonos. Entre la libreta de cheques y un sustancioso plato caliente, uno medita sobre su amor difunto * (para un burgués sensible a la literatura, todo amor es siempre difunto). Marx no es más que un judío que se ha vuelto calvo de tanto contar riquezas ajenas. Y, sin duda, los obreros trabajan muy duro; pero la vida interior, la poesía incomparable de su canto, bien merece que se le conceda alguna cosa. Uno pasa sin mirarlos delante

de las fábricas de Grenelle. Va al parque de Saint Cloud, o al de Versailles, a ostentar sus ensueños y languideces. No hay tiempo de pensar en las máquinas ni en las amenazas que éstas acumulan. Se trata, ante todo, de calcular con precisión los progresos irregulares del olvido. Entonces, las virtudes de la contemplación alcanzan su paroxismo.

Por eso, a los poetas románticos no les ha costado mucho trabajo reconciliar al burgués con el amor. Sus conflictos, tan celebrados, son propios de la burguesía. Ésta es la que complica el amor. Los Soviets tienden a simplificarlo. Y el proletariado lo simplifica. Algunos raros dramas, una arteria que estalla en un cerebro ya fatigado, un ataque de locura. La inmensa mayoría de los obreros restringen al mínimo el papel del amor en sus vidas. Se unen con una obrera, porque necesitan una mujer. Ellas buscan casarse porque prefieren la atención de la casa a la fábrica, y porque, además, sus salarios son demasiado bajos. No pueden arreglarse sin un hombre. Un vuelo nupcial muy breve, y después, unas veces la camaradería de buenos asociados, otras, la rivalidad de dos enemigos en torno a una pitanza demasiado magra. Y al obrero, la literatura le resulta falsa

en la medida en que repite con monotonía sus sempiternas historias de amor.

Las muchachas de Gennevilliers o de Pantin que tanto leen folletines, creerán de inmediato que mentís si les habláis de amor. No saben si quiera si son bonitas. Creen que la belleza está en el atuendo. El obrero que las corteja no las cumplimenta. Macho seguro de su fuerza, la mujer lo sigue, y, entre ambos, el silencio. Pero para el joven burgués, el amor es una soberbia ocasión de mentiras y de discursos. A falta de romanticismo, el que no siempre está a su alcance, le queda lo mucho que sabe de su corazón. Se examina, se comprende, se explica con sus amigos, lee o escribe: En busca del tiempo perdido.

Gracias al amor, el burgués congenia muy bien con la bohemia. Curacao y penas del amor. La mujer eternamente ausente, aunque estuviese allí, preside esas pequeñas reuniones, donde suministra a cada uno excusa suficiente para sumergirse en su borrachera. Menos café, más alcohol. Menos lucidez, más mentiras. Palabras más sonoras, una sintaxis más floja, al fin y al cabo es Proust, y la excusa que da el sentimiento a la ociosidad.

Cuando el burgués encuentra de muy mal gusto ciertos lirismos y muy árido un análisis muy minucioso, le queda el recurso de esa especie de sensualismo místico que tanto brinda el teatro contemporáneo. La vida íntima, un poco avergonzada de sí misma, se cubre de oropeles. No hay que engañarse, porque si bien la necesidad sexual es una de las primeras necesidades del hombre, la naturaleza, a diferencia de lo que ocurre con la necesidad de alimento, no opone allí obstáculo alguno. La cuestión de saber si un hombre encuentra o no una mujer, no se plantea sino en la medida en que los literatos acumulan muchas dificultades en torno al instinto. Y los problemas sexuales parecen ser tanto más difíciles, cuanto más uno se aproxima a la literatura, siendo el escritor, merecidamente, la primera víctima de sus invenciones.

Gracias al amor, el joven burgués puede creer se un aristócrata, Lamartine o Valmont, a elección. El libertinaje aparece con algo de señorial. La continencia apasionada con un algo de Restauración: de un modo u otro, se facilita así la transición inevitable entre el momento en que se despierta la crítica y aquel en que se acepta definitivamente la pertenencia a la propia casta.

Y gracias al amor, la pequeñoburguesa de Aubervilliers, cuyo padre ha llegado a ser jefe de sección en la fábrica, cuyo abuelo ha hecho quizá el bachillerato, puede compensar lo que le parece demasiado sórdido en su existencia, parecerse a las bellas damas que se pasean por el Bois de Boulogne y a las heroínas del cine que va a ver los sábados. Amor poste restante. Amor morfina. Largos discursos sobre el amor, sobre lo que merece el amor, sobre lo que no merece el amor. Corneille fabricado en serie. Cathos y Madelons que pululan entre la puerta de Flan des y el Cementerio de París. Se busca y se la encuentra, ¡ay!, en un sentimiento muy cómodo, porque más que sentirlo se lo imita la ilusión de la finura. No inquieta ya el temor tan vulgar a la vulgaridad. Toda lealtad perdida. Toda simplicidad perdida. Reencontramos las caricaturas de los libros que hemos amado, de los que podemos escribir. Amor, reino del cálculo. Sin matrimonio, sin hijos, sin fidelidad, sin ternura, y perdiendo cada vez más su aspecto humano, es a ese molino hediondo al que llevamos nuestras hediondas aguas, y en que la nobleza misma se marchita. Volveré sobre este tema.

DEBE Y HABER

El conflicto se torna más serio si el amor pretende integrarse en la sociedad, si se trata del matrimonio. El burgués se encuentra preso entonces entre su respeto al amor, necesidad de su vida interior, y el deseo que tiene de parecerse al aristócrata. Entre su gusto de lo individual y su respeto a la casta. Para un aristócrata, el amor es un sentimiento personal que debe ceder ante el interés familiar. Os beneficiáis con la familia, con el prestigio de vuestro nombre. Debéis, a cambio de ello, salvaguardar ese prestigio. Un matrimonio debe, ante todo, combinar las familias. Frases semejantes resultan francamente cómicas. El joven Dupotard, en el fervor de sus veinte años, quiere desposar a la hija de una cocinera que ha conocido en el Luna Park. La tía Benoit lo catequiza: Vamos, Amadeo, tú no puedes dar a esa muchacha el nombre que ha llevado mi hermana. La solemnidad de las circunstancias hace que ella se crea por un momento la duquesa de la Trémö lle. El joven Dupotard, halagado al sentirse un nuevo Tito de una nueva Berenice, entrevé a través de esas dignas frases todo un linaje de Dupotard ilustres, con torreón, blasón y grito de guerra. Lloro un poco. La

tía Benoit enjuga sus lágrimas con un pañuelo de encaje, y la hija de la cocinera se queda para vestir santos.

Pero esto no es propio de la burguesía. El padre aristócrata dirá: Es amor, tanto peor. La madre burguesa dirá: Si fuera amor, te apoyaría, sólo que yo no creo que sea amor. Una vez más el burgués amenazado juega con el sentido de las palabras con las que se le amenaza. Distingue el amor, del deseo, de la pasión, de la imaginación. Analiza y razona hasta que el amor se convierte en la música de dos esferas burguesas gravitando en torno a un mismo sol de prejuicios. Yo no soy el que creo ser. Amadeo no ama a la hija de la cocinera. La hija de la cocinera no ama a Amadeo. ¿Parecen amarse? ¿Eso que prueba? Al fin de cuentas, es en nombre del amor mismo que la familia se opone al mal casamiento.

Y casi siempre tiene éxito. Porque como para el joven burgués y también para la hija de la cocinera el amor es un medio de sentir y afirmar mejor la propia persona, no debe tener consecuencias sociales. Amadeo no comprende que la hija de la cocinera pase del hecho del amor a querer casarse con él. Se le convierte, en tal caso, en sospechosa. Y ella

tampoco lo comprende. El amor le parece incompatible con una ambición satisfecha. Ella no le perdonará su negativa, ni su aceptación. Fantasía que no hay que realizar, .si no, ¿dónde, pero dónde quedaría la literatura? El amor debe permanecer como una cosa en la que se piensa, una cosa de la que se habla. La vida sentimental deja de tranquilizar a quien la vive, cuando tiende a adecuarse a la vida social, porque no hay ya en el mundo quien crea en fraternidad alguna. Pavorosa aceptación de una eterna soledad.

Nada más extraño que la metamorfosis del burgués que se casa. De la noche a la mañana, su moral se transforma. Se enorgullecía de su sufrimiento. Se enorgullece ahora de su hogar. Y no ya del amor que siente, sino del amor que inspira. Soltero, quería hacer ver que sabía amar; casado, quiere hacer ver que puede ser amado. Cambia su cuaderno de poemas por la libreta de casamiento. Pasa sin transición de la vida interior a la vida de interior. Maldecía a sus amantes; no tiene más que elogios para su querida compañera. Decía: No soy un imbécil puesto que soy desgraciado; ahora dice: No soy un imbécil puesto que he fundado un hogar. Era maltusiano; no piensa ahora sino en la reproducción y, al menos

durante un tiempo, procura proyectar en torno suyo, gracias al pathé-baby y a la decoración moderna, su alma y los análisis que la nutren. El ideal del matrimonio burgués está muy bien mostrado en La Escuela de las Mujeres, de Gide. Esperanza de un Diario íntimo que, llevado por doble partida, tendría el mismo rigor que un libro de contabilidad.

Eso dura poco. Las triquiñuelas se descubren, los cónyuges se apartan. ¿Qué hacer entonces, en adelante, para alimentar la vida interior? Le queda al burgués la estética.

EL BURGUES ESTETA

Si la estética no sirviese de justificación al burgués, mal comprendería yo el extraño interés que le inspira. El modo como el burgués habla de libros, la capacidad que tiene de leer los artículos de la Nouvelle Revue Française, son para mí un motivo de siempre renovado estupor. ¿Qué diantre podrá importarles que una novela esté mejor o peor escrita que otra novela? La razón, el buen sentido, querrían que dejasen a Edmund Jaloux ese género de preocupaciones. Nada de eso. El director general de la

contabilidad pública, y el consejero secretario del Tribunal de Cuentas pueden pasar toda una velada examinando la cuestión de saber si el último libro de François Mauriac es de factura superior o inferior a la del libro precedente del mismo François Mauriac. Se habría debido colocar al principio la descripción del cuarto de Jules. "Encuentro que Mauriac maneja con mayor soltura su instrumento". No me gusta la manera como compone a mí tampoco, pero sus finales de frase, o más bien sus finales de párrafo, son muy bonitos. Esta factura es al menos mucho más hábil que la de los Varais. Y patatín y patatán. ¡Un héroe de Proust puede discutir durante trescientas páginas si la Berma actúa mejor o peor que la Duse! Ya no se toma partido por el marido, por la mujer, por el amante, según las conveniencias particulares. Y ya no se trata de lo que la novela cuenta, sino de analizar las impresiones que se experimentan a propósito de ella. También aquí Charles Du Bos da un ejemplo. Vemos, en su Diario, que, por la mañana, se despierta; en seguida, dice a Z. su interlocutor habitual: ¿No os parece que entre la línea de los dibujos de Watteau que hemos visto ayer y el color de los cuadros de Vermeer que admiramos el mes pasado se entrevé una Carta rela-

ción que, si la analizamos finamente. He ahí el modo en que Du Bos entiende la intimidad. Montherlant me decía un día: "No puedo quedarme en París. Es una ciudad donde nadie os habla del tiempo que hace, y todo el mundo habla del libro que acaba de aparecer. Es que la lluvia forma parte de la vida real, y la lectura, de la vida interior. Ocuparse de la lluvia o del frío querría decir que uno deja de tener un alma. Que se convierte en un cuerpo. Y por consiguiente, en proletario.

5

EL BURGUÉS Y EL IDEALISMO

Veamos al burgués en su cuarto. Éste da al patio. Su mujer está haciendo las cuentas. Está tranquilo, puede pensar. Amores de su juventud. ¡Qué enloquecedora era esa misteriosa mujer que encontraba en el bulevar de Batignolles! ... Una crisis religiosa un poco vaga lo perturbó también a los dieciséis años ... A su lado, algunos libros, algunos periódicos, llenos de críticas literarias, para guiarlo en sus lecturas. Grandes hombres, que, como él, pensaron en su alma ...

El universo lo inquieta, oscuramente, por los crímenes, revoluciones o desastres en potencia, que teme. ¡Tantos Estados! ¡Cinco continentes! París mismo no le es familiar. Mundos desconocidos de la

Bolsa, de la diplomacia secreta. Y se dice que, ahí nomás, a las puertas de la ciudad, hay una Zona donde hombres extraños se amontonan en especie de madrigueras.

¿Cuál puede ser, para él, la mejor de las noticias? La de que el mundo no existe. No existe la realidad. ¡He ahí el grande, el bello secreto! Honor al filósofo idealista; nadie desacredita mejor las cosas: las denomina apariencias.

¡Qué lenguaje sutil y reconfortante el suyo! Si yo digo: la miseria, evoco todo un cortejo de amenazas: hombres hambrientos, mujeres deformes que chillan. Pero si digo: la idea de miseria, todo está mucho más próximo a arreglarse. Es una cosa de la que uno habla, de la que uno puede conversar, que viene a caer por allá, por la jurisdicción política de Briand, o, peor, de Herriot. Del mismo modo, Revolución, hace parar la oreja; pero la idea de Revolución, eso tranquiliza; yo lo he experimentado. Una idea importante, que se clasifica en el catálogo general de ideas. Para el vocabulario filosófico de Lalande.

El burgués ama tanto el idealismo, que, en su boca, esa palabra es siempre un cumplido. Tener un ideal, negar la realidad de las cosas, esas dos actitu-

des, para él, se confunden. Un materialista no puede tener un ideal.

El conformismo conduce así hacia el idealismo; el idealismo conduce de vuelta hacia el conformismo. En efecto, cuanto más pierde el mundo, más gana la jerarquía. Las cosas no son nada: estemos al menos atentos a la fijeza de sus relaciones. El idealista se rehusa a considerar a Monsicur Dubois por lo que es, tal como se muestra, con su saco negro, y su mujer, Grosdidier de Dubois. Y el hijo, un muchachito que estudia el catecismo. ¿Qué verá entonces en Monsicur Dubois? ¿Su alma voladora? ¿Su entelequia? ¡Demasiado difícil! No queda sino el señor Presidente de la Cuarta Subcomisión de Aduanas. Así, entre los alemanes, pueblo idealista, cada hombre es designado por su título, cada mujer por el título de su marido.

El idealista tiende hacia el burócrata, el burócrata hacia el idealismo.

Tal como en sí mismo al fin la eternidad lo cambia, ¡sublimidad del cagatintas! Como también: Yo partiré. Buque columpiando su arboladura. . . Suponed en Souppe un alma de poeta: tenéis a Mallarmé. Una literatura escrita muy lentamente (las horas de oficina son largas) y reflejo de un universo

de expedientes, un universo de símbolos. A fuerza de contemplar a su jefe de oficina, el oficinista ve en él una entidad. A fuerza de redactar actas e informes, piensa que lo importante no son las cosas, sino los informes que de ellas se elaboran.

Nada más reconfortante que el idealismo. Nada, tampoco, más distinguido. ¿Cómo caer en lo material, si la materia no existe? Por el solo hecho de ser una idea, ésta escapa a la vulgaridad. Hagamos, si no, la prueba. ¿La idea de Dios? Perfecto. ¿La idea de la Patria? A maravilla.

La idea de jorobar? Imposible. El idealista puede ser sino una persona bien, en un mundo bien. Admitamos que hubiera algo que decir de su familia. Que él sea un poco demasiado tosco, que su padre sea algo vulgar; el idealismo, al cual adhiere, lo separará definitivamente del pueblo, que no entenderá más su lenguaje. Por que si preguntáis a un obrero: ¿Cómo llega uno a enamorarse?, tal vez podrá responderos; mas si le preguntáis: ¿Cómo se pasa de la idea del amor al hecho de amar?, os mirará con ojos muy abiertos, dará vuelta la gorra entre sus de dos, y no se atreverá a responderos: ¡Viejo schnock!

Desde que Marx está de moda, el idealismo se presenta más bien como hegeliano. Pero, de hecho, no es la filosofía de Hegel la que satisface más al idealista. Éste cita en general a Hegel sin conocerlo. Para hacer realmente feliz al burgués idealista, hace falta, no sólo que se le desencarne el universo, sino también que se afirme, con fuerza, su Yo. Le hace falta un idealismo subjetivo. El idealismo no cumple su misión sino cuando dice: el mundo es apariencia, el Yo es realidad. En tanto que permaneció fiel a la Razón y a la Revolución, Kant demostró que el Yo es un prejuicio gramatical. Cuando la reacción europea hubo triunfado, el idealismo poskantiano colocó el puro sujeto en la base del universo. Es la filosofía de Fichte. Y Fichte es el verdadera idealista. Aquel cuyo pensamiento tuvo más influencia sobre el pensamiento del burgués moderno. A pesar de Xavier León no solo conoce suficientemente. Yo lo denuncio. Es él quien, jugando en el doble tablero del militarismo y del wilsonismo, aumenta desmesuradamente la longevidad de los generales y de los ministros plenipotenciarios. Edita *Le Temps*. Preside el Directorio del Banco de Francia. A la vez moralista y militarista, este demonio de hombre, ducho en antítesis, se encarna al mismo tiempo en

Ludendorff y en León Bourgeois. Nuestros literatos no lo leen. Pero él maneja los hilos de esos títeres sobre el tablado donde nos dan el manteamiento. Tanto más conservadores y tanto más conformistas, cuanto más creen en su Yo.

Ejemplo: Barrés. Comienza por el culto del yo. Termina por L'Echo de París. Evolución ineluctable. Barrés procede de su clase de filosofía.

Tras haber meditado sobre los metafísicos alemanes se lanza a la búsqueda del puro sujeto.

No lo encuentra. Por dos razones: la primera, que el puro sujeto no existe. La segunda, que si existiera sería imposible de agarrar. Todo deviene, por ende, irreal. Se atrapa la blenorragias simbolista. Nada existe. Una mujer es la proyección de un pensamiento; una ciudad, la petrificación de un ensueño, etcétera ... Lo menos tonto es, entonces, creer en las marcas exteriores ,del poder, del éxito, del respeto. En la mascara da del mundo es necesario tener bellos trajes: el uniforme es siempre el más bello. En la escala de la farándula, un general tiene valor cómico más alto que un capitán. Viva, pues, Boulanger, y viva Castelnau. La vuelta está completa.

La obra de Proust procede de la misma dialéctica. Como el gusto de un pastelillo le hace notar que se había desprendido del sujeto puro, Proust parte valerosamente en su busca. Una serie de cambios súbitos deben revelárselo. Una serie de análisis deben hacérselo descubrir. Sólo que Proust desemboca de hecho en una afirmación cada vez más rotunda de la jerarquía mundana y en una negación cada vez más radical del individuo. Entre sus personajes, unos, aquellos de los cuales se desinteresa, se convierten en símbolos sociales (la vieja duquesa de Guermantes encarna el genio de la familia Guermantes; Swann, extinguidas sus pasiones, no es sino un judío rico y mal casado); los otros, aquellos que el análisis de Proust no suelta, se descomponen hasta reducir a polvo el yo, del que, al fin de cuentas, no subsistirá tal vez sino un pequeño yo barométrico. Mientras Proust corre detrás del sujeto puro, permanece asido por el snobismo. Por mucho que proclame su odio al snobismo y se rebele contra él. En Barrés, igualmente, se percibe la sorda revuelta, el monólogo anárquico que murmura entre dientes al tiempo que atiende la misa patriótica. ¿De qué vale? Esa rebelión, como esta revuelta, es vana. Porque en el universo de Proust, el snobismo per-

manece como la única realidad sólida. Todo es dudoso. Todo está condicionado por el humor actual del yo, y por el juego de la memoria. Lo único verdaderamente innegable es la posición social de la princesa de Parma o de madame Leroy. No sabremos jamás si, en el fondo, Verdurin es bueno o perverso, No sabemos jamás si Albertina es o no lesbiana. Si muere por accidente o si se mata.

¿Y por quién? ¿Y por qué? Todo suicidio, todo acto humano, comporta una infinidad de causas posibles entre las cuales el análisis puede hesitar indefinidamente. Pero es bien sabido que en el orden de la elegancia, madame de Saint Euverte está muy por encima de la princesa de Guermantes, se sabe que lady Rufus Israel es mucho más rica que madame Bontemps. Y, como eso es lo único seguro, finalmente eso, eso sólo, cuenta. Proust no será liberado sino el día en que busque, no más su yo, sino su tarea.

Cuando se consagre a la obra de arte. Quien busca el yo encuentra, o el salón, o el café. ¿Hace falta hablar de Paul Bourget?

Esa es la dramática contradicción del burgués que tiende siempre hacia el individuo, y desemboca siempre en la negación del individuo. De ahí sus

relaciones tan complejas con el aristócrata, al que detesta e imita. De ahí su relación tan misteriosa con la Iglesia, a la que eternamente se aproxima, y de la que eternamente se aparta. Cada vez más subjetivo, y cada vez más conformista. Clemenceau, encarnación del individualismo, desde Dreyfus a quien defiende, a Malvy, a quien arresta. El individualismo expira ante la razón de Estado; Galatea de este Homúnculo. Un alma inmortal y una rica librea ... El increíble conformismo de Maine de Biran.

Y es una de las glorias más sólidas de Marx, el haber mostrado la conexión entre el conformismo burgués y el espiritualismo burgués. Al, que cree en la primacía de lo social, quiere conservar la persona concreta y la conserva, en tanto que aquellos que quieren conservarla, la dejan escapar o la omiten. Marx no cree en nuestra alma, pero no duda de nosotros. El humanismo realista dice no tiene enemigos más peligrosos que el espiritualismo o el idealismo especulativos, los que, en lugar del hombre individual real, colocan la conciencia o el espíritu. Sabe que, so color de salvarnos de la muerte, esos filósofos principian por quitarnos la vida.

Intoxicados de idealismo, nuestros intelectuales no quieren comprenderlo. No leen a Marx. No to-

man en cuenta su crítica. Saben de él a través de Opiniones de Provincia de Le Temps. Si no tomase la precaución de advertirles, sin duda no verían la relación entre lo que acabo de escribir y sus obras inmortales. No saben que las contradicciones en que se enredan son aquellas de que Marx se mofaba. Permanecemos cercados por Szeliga y Bauer. El viejo error, como un rosal podado, vuelve a florecer. Ignoran que han sido previstos por adelantado, refutados y condenados por adelantado. Andan, y se puede calcular el momento de su caída. Caen, y otros parten en la misma dirección y caerán en el mismo sitio. Así, en 1914, en el bosque de Le Prétre, el general enviaba, una tras otra, las compañías contra las mismas alambradas; y las mismas ametralladoras, que ninguna artillería había siquiera atacado, las segaban en el mismo sitio. Sorprendente estupidez y sorprendente tenacidad del hombre. Hay aún personas que hacen horóscopos. Y otras que quieren representar el alma. Y otras que creen que este mundo, con sus casas y sus montañas, es el impalpable reflejo de su Yo inmortal. Y las novelas suceden a las novelas. Uno cree que encontrará el punto misterioso que constituye el centro de su querida alma. El otro, que encontrará el punto eter-

no y secreto en torno del cual se organiza la persona de su heroína. Todos creen que hay otra cosa. Una verdad que terminarán por descubrir tras los ,estados y manifestaciones del yo. Y sudan, borran y vuelven a comenzar. Misión encomendada, que el conformismo impide sentir como tal. Pífanos y subpífanos por lo demás, mal pagados de la defensa burguesa.

6

LA RELIGION DEL INCONSCIENTE

TRAMPAS BURGUESAS

Esta trampa que hace el intelectual en provecho del burgués, este modo de reintroducir en toda ideología los valores burgueses, lo encuentro particularmente visible en la utilización que se hace en la actualidad del inconsciente. Una moda sin duda pasajera. Pero es tal vez el lugar donde se enredan el mayor número de malentendidos. La desviación del bergsonismo y del freudismo, la preferencia del inconsciente a lo consciente, prueban la religión burguesa, y muestran la extrema deshonestidad de los pensadores contemporáneos.

El burgués se apoyaba sobre la conciencia; debía, por ende, combatir al inconsciente, y esto es lo que hizo al principio. El inconsciente fue, por mucho tiempo, para las personas bien pensantes, un objeto de escándalo; aún hoy, le costarla mucho a un viejo católico de provincia, hablaros de él sin disgusto. ¡Más conciencia! Por tanto, ¡más moral! ¿Qué será, si no, de la responsabilidad? Durante veinticinco años el kantismo universitario batalló para impedir al inconsciente la entrada a nuestros liceos.

Mal visto, el inconsciente permaneció materialista. Frecuentaba compañías deplorables. Gustaba de los médicos. Se interesaba por el Gran Simpático, por los períodos de las mujeres, por la cenestesia. Insistía con mal gusto sobre el aspecto animal del hombre.

Cualesquiera fueran sus errores, sus ingenuidades, sus equivocaciones, la psicología experimental triunfó sobre el eclecticismo de Caro. La introducción de los asociacionistas ingleses en París fue una operación brillante. Gran éxito de Taine, de Théodule Ribot; Charcot se impuso en la Salpêtrière. Pierre Janet confesaba a muchas damas. Hubo el affaire Dreyfus, Combes, el progreso del socialismo.

Hasta se llegó a exigir a los aprendices de filósofos un certificado de estudios de física, química e historia natural. Por lo demás, la sociología era objeto de atención. Y los totems, rudamente impuestos por Durkheim, aterrorizaban a los normalistas. ¿Cómo salvar el viejo espiritualismo que desaparecería? Se decidió convertir al inconsciente. Al espiritualismo le agrada anexarse las palabras. Sólo la palabra inconsciente, que la moda había de inflar, podía sostener los viejos valores que la crítica de los siglos XVIII y XIX había hecho declinar. Bergson hizo con la psicofisiología la misma operación que Fichte había efectuado con la crítica kantiana. Todo, por otra parte, iría en beneficio M inconsciente. El estilo de Barrés. La imbecilidad de Maeterlinck. El gusto de la gente de mundo por la metafísica de Schopenhauer. El wagnerismo, prolongado aquí por el debussismo. El modernismo religioso, caso Newman, caso Tyrrell. Dado que el Dios histórico de la Biblia estaba amenazado por Renán, el huésped desconocido venía a punto para mantener el petitmaitre de Fénelon y de los místicos. De ahí la apologética de William James y tanto trabajo sobre la experiencia religiosa (hacía falta una religión experimental para hacer contrapeso a la medicina ex-

perimental de Claudio Bernard). Las viejas supersticiones, denunciadas a la vez por la Iglesia y por la ciencia, venían en auxilio de las viejas tonterías.

Se ve muy bien, en el trabajo de Bergson sobre la memoria de qué modo se opera ese giro.

Primer tiempo: Crítica de la psicofisiología. Bergson dice a Ribot: No hay menos dificultad en comprender que los recuerdos se conserven en el cerebro, que en creer lo contrario. Si mi pensamiento está en mi cerebro, mi cerebro está en mi pensamiento. El verdadero problema que la memoria plantea, no es saber dónde se conservan los recuerdos (cuestión absurda, si queréis pensarla bien, porque confunde el tiempo con el lugar) sino saber cómo y por qué vuelven a aparecer. Los recuerdos se conservan, tomémoslo como un hecho, y procuraremos ver a qué se debe que en un determinado momento hacemos tornar a unos y no a otros. Crítica perfectamente ingeniosa, valiosa y humana. Quince años antes que Freud, Bergson sentía que el nudo del problema de la memoria es el olvido.

Segundo tiempo: Bergson quiere terminar con las circunvoluciones de Broca y el centro de la memoria auditiva; no quiere que se plantee más la cuestión: ¿dónde se conservan los recuerdos? Por

consiguiente declara: los recuerdos se conservan en el inconsciente. Tenía en muy poco al inconsciente. La mejor prueba de ello es que, mucho después de *Materia y Memoria*, estaba de acuerdo con el doctor Pierro Marie, el que no hablaba de inconsciente pero no creía en las localizaciones cerebrales.

Sólo que Bergson fue poco a poco arrastrado por su metáfora. Taine y Ribot consideraban a cada recuerdo alojado en su pequeña célula cerebral (uno se preguntaba si habría o no crisis de alojamiento). Bergson, por su parte, veía a los recuerdos en el inconsciente. Los sentía presionar contra la puerta de la conciencia, zumbantes como las moléculas de un gas ... En este tercer tiempo, Bergson deja de ser un analista para convertirse, digamos, en un poeta. Afirmar que el inconsciente tiene la forma de un cono, y que los recuerdos presionan contra una puerta, no tiene más valor que afirmar, sin saberlo mejor, que los recuerdos se alojan en la tercera circunvolución frontal izquierda. Es simplemente preferir un tipo de verbosidad a otro.

Preso por el demonio de la ontología, Bergson termino por representarse al inconsciente como un todo del que la conciencia sería una ínfima parte (el vértice del cono). Y, en el mismo momento en que

denunciaban la tosquedad de las imágenes espaciales, los bergsonianos pasaban de lo poco admisible a lo inaceptable. De residuo, el inconsciente se convertía en sustancia. No alcanzaron entonces los insultos contra la conciencia y contra la razón. El movimiento que había desencadenado desbordó a Bergson muy rápidamente.

Porque el éxito vino. Terrorífico. Las mujeres de mundo, los seminaristas, los restos del simbolismo, los discípulos de Brunetière, los subjeses de oficina que miraban con malos ojos a Renán y que proclamaban la "bancarrota de la ciencia porque su médico no terminaba con sus hemorroides; los parroquianos de café que creían evitar los estudios matemáticos gracias al relativismo de Henri Poincaré, y los estudios literarios gracias a la poética de Rimbaud; los aprendices de pastor que querían conciliar la Razón y la Fe, los alumnos de Émile Boutroux (ese viejo experto de la Bolsa ideológica, que anticipaba por entonces con Ciencia y Religión sus repulsivas palinodias en 1914), todo eso se amontonó en los cursos de Bergson. No olvido el hedor. El bergsonismo dejó de ser una cosa del espíritu, para convertirse, como él decía, en una cosa del alma. Una especie de teosofía navegando con astucia en-

tre las diversas confesiones. En los salones, Bergson, entre el café y el licor, dejaba que las duquesas abrigaran la esperanza de su inmortalidad personal. Mantenía correspondencia con William James acerca de las mesas giratorias. Y en *La Evolución Creadora* deslizaba a Dios, subrepticamente, sin comprometerse demasiado, entre dos complementos circunstanciales.

Es poco más o menos la misma historia del freudismo, si no la de Freud que no es cuestión de atacar aquí, pero al que hay que des embarazar de los parásitos prendidos a su piel. Freud se conduce inicialmente como un científico puro. Dice: Ese señor no encuentra la llave que tenía en el bolsillo: debemos explicar por qué. El lapsus tiene sus razones. El lenguaje del sueño tiene una clave: busquémosla. Si hacéis alguna cosa, es, creedlo, porque queréis hacerla; si la omitís, es porque queréis omitirla. Bajo el acto fallido, el sueño, la neurosis ,(¿y qué es una neurosis, un sueño que se prolonga, una colección de actos que la enfermedad torna fallidos?), el análisis de Freud descubre la Censura.

Pero a esta fuerza que comprueba, Freud debe oponer una fuerza contraria. De ahí la Libido. Esa es, para él, inicialmente, un medio de liquidar un

cierto número de cuestiones, una relación que establece entre las represiones que observa. Tiene, para él, inicialmente el mismo valor que el inconsciente para Bergson. Sus trabajos no tienen por objeto la libido, sino la historia particular de cada paciente que atiende.

Sólo que él también es aprisionado por su metáfora. Pronto lo que le importa no es ya el análisis, sino la libido que marcaba el punto donde terminaba el análisis. Le da, él también, un valor ontológico.

Cesa entonces de ser un científico para convertirse, digamos, en un metafísico. Cuando pregunta: ¿Por qué os habéis olvidado de la cita convenida?, plantea, con toda evidencia, una pregunta útil. Cuando responde: 'Es por culpa de la libido, no dice nada más que Schopenhauer con la Voluntad de Vivir o que la Bella Helena con la Fatalidad. Poco a poco, Freud diviniza la libido, y sus epígonos más que él. La represión que, inicialmente, era lo esencial de su análisis, el análisis mismo que era lo esencial de su terapéutica, pasan a segundo plano. El hombre individual determinado, el caso clínico preciso, sobre los cuales Freud se apoyaba sólidamente, son abandonados por él. La libido toma una extensión tal que su comprensión tiende a convertirse en nula

.Imán universal de todos los animales, se convierte en la sustancia, no calificable, del universo. Pero pierde, por eso mismo, toda significación concreta. La mejor prueba es que si se toma un análisis de Freud, la inyección de Irma, por ejemplo, o el psicoanálisis de un niño de tres años, y se retira el concepto de libido, lo mismo que si se toma uno de los análisis bergsonianos de la memoria y se retira el concepto de inconsciente, se comprueba, no sin sorpresa, que nada cambia. Para el caso de Freud, la experiencia se ha hecho. Adler trocó la libido por la voluntad de poder, y otorgó a la ambición lo que Freud atribuyó a la sexualidad; el método psicoanalítico no deja de funcionar fructuosamente.

Es porque deja de ser un científico, para convertirse en el profeta de una tenebrosa mística, por lo que Freud alcanzó su extraordinario éxito. El burgués tenía buenas razones para resistir al psicoanálisis. Esa cura por la verdad, por la más cínica verdad, ese modo de negar el misterio en tanto que tal, de explicarlo, esa afirmación violenta del lugar de las inclinaciones sexuales en la vida humana, todo debía chocarle.

Freud lo sabía, lo declaraba, veía en esa resistencia misma una confirmación de su doctrina. Sin

embargo, el psicoanálisis agradó a los burgueses. Estuvieron reconocidos a Freud, no por curarlos, sino por proclamarlos enfermos. Por pintar un inconsciente cargado de amenazas, con todos los dragones y todas las serpientes de La Flauta Mágica. El viejo agustinismo hereje se sintió deleitado. Monstruosa, pavorosa, la libido se reunía con el diablo. Freud construyó un hangar subterráneo suficientemente vasto para resguardar el alma voladora. Que el hombre tenga miedo de sí mismo, pensaron los santurrones, ¡tendrá que recurrir a nosotros, sus salvadores diplomados! Así, hubo pastores que hicieron el psicoanálisis de Jesucristo. Las dueñas de casas de pensión de Suiza, los tenderos retirados de Inglaterra, las viudas de coroneles, querían explicar a sus médicos sus sueños de llaves y cerraduras. Terrible epidemia de confesión, sobre todo entre los calvinistas, que habían sido privados de ella. La introspección burlada tomaba su revancha. El Diario íntimo iba a duplicar su tamaño. Al pie de cada página se colocarían largas notas, de tono semisubido, semigrave. Objeto de mística, se podía perdonar a la libido su carácter sexual. Eterno enfermo, eterno maldito, imposible de curar sin intercesor, el hombre se tomaba al menos el aspecto que quiere verle

el sacerdote. Y el psicoanálisis que proclamaba inicialmente el poder curativo de la conciencia, que sostenía que el hombre es explicable por el hombre, terminó por restaurar el inconsciente burgués, con sus liturgias, y el oscurantismo de la envoltura y de la cosa envuelta. La libido se convertía también al espiritualismo: se la podía recibir entre la gente de bien. Hacía arqueología, exégesis, crítica de arte. Devolvía su misterio al burgués y a su alma. Volvía a su justo lugar las cuestiones económicas y sociales. ¿Qué es la desigualdad de la riqueza comparada con la desigualdad de los complejos? Todos hermanos ante la perpetua amenaza del incesto y del parricidio, ¿no es eso suficiente?

El bergsonismo se había acompañado de un neosimbolismo. Barrés decía: Hay que amar al inconsciente. Carrière, pintor del alma, y toda la secuela de subimpresionistas, eran admirados (un paisaje es un estado de alma). Se iba a Bay reuth a llenarse de inconscientes. Música en la oscuridad, escuchada con los ojos cerrados. Gustaba Méliande, símbolo del alma. Se comprendía mal cómo Debussy, admirador de Mallarmé, hablaba tanto de Mozart ... Gran época de Baudelaire, a causa de Correspondances. Estaban también el alma escandi-

nava, misterio de Ibsen; el alma esclava, misterio de Dostoievski y el ocultismo.

El armisticio lanzó un segundo batallón de artistas que pintaron el inconsciente, lo exploraron, lo explotaron. Lo vendieron, bien rotulado. Asombrosa confusión. De Lévy Brühl, enciclopedista, vinieron los fetiches negros. Del cubismo, reacción contra el inconsciente, saludado en un comienzo por Cocteau como un llamado al orden, vino la pintura abstracta, que cubrió de sueños los muros. Una cierta mezcla de Bergson y Freud permitió a los surrealistas proclamarse revolucionarios, sin modificar un comportamiento conformista. La ignorancia de las personas jóvenes, a quienes la guerra había dificultado los estudios, fue adulada por los manifiestos surrealistas. Creyeron que así avanzaban en el conocimiento del hombre. Que destruyeran a la sociedad vendiendo a los coleccionistas telas neocubistas, sobre las que recibían fuertes comisiones. Gritaban: ¡Viva Lenin!, y se proclamaban marxistas. Pero era de los clarividentes, de quienes esperaban la revolución. Escupiendo sobre los relicarios, pero impresionados por la magia, hacedores de horóscopos y arúspices de coincidencias, los alcohólicos insignificantes, demasiado débiles hasta para la con-

versión, recobraban, en los cafés de Montmartre y de Montparnasse, bajo la cubierta del demonismo, del complejo y del misterio, los valores cristianos que por otra parte pretendían combatir. Buscaban aun adelante de qué ectoplasma prosternar su seudorrevuelta, y los mejores medios de adular a la burguesía a la que insultaban, pero a la que hacían el juego.

MUERTE DEL INCONSCIENTE

Ese tiempo parece haber pasado. El inconsciente bergsoniano muere. Ya la formulación del bergsonismo que hace Meyerson lo indica. Porque Meyerson cree, él también, que el mundo es irracional y que la realidad es irreductible a la identidad. Sólo que está lejos de regocijarse por ello. No piensa que el hombre sea ¡limitado en la medida misma en que la ciencia no lo es. Tan sólo se resigna a lo irracional. No lo bautiza misterio y no se arrodilla delante de él. Sabe que el misterio no es nada cuando uno lo atrapa, y no es nada si uno no lo atrapa, que marca tan sólo la línea del horizonte, que retrocede sin cesar, de la actividad humana.

Por su parte, los fenomenólogos reconstituyen la metafísica de la significación. Lógicos ante todo, sostienen que lo que no tiene sentido para mí, cuando yo lo pienso, es, para mí, pura nada. Si admitiesen un dios, sería antes el de Santo Tomás, que un dios bergsoniano traído por la inconsciencia.

Y la psicología moderna, el conductismo de Inglaterra y de Alemania, se da cuenta que la hipótesis del inconsciente, lejos de explicar algo, oscurece el dominio de la explicación misma. Fiel al caso concreto, fiel al comportamiento, mucho más confiada en la observación que en la introspección, desprecia la libido y no conserva del freudismo más que el análisis. La idolatría del inconsciente ha concluido su vida. Habrá que buscar otros pretextos para negar la apariencia real y humana del mundo. El huésped desconocido va a juntarse con los iconos de Potemkin en el depósito de accesorios usados de la burguesía.

MORFINISMOS BARRIDOS

El psicoanálisis, por otra parte, parece haber salido de la etapa en que la ignorancia niega un gran

descubrimiento, y de la etapa aún más peligrosa en que la santurronería lo explota. Se jerarquiza. Permite magníficas esperanzas, de ningún modo ese respeto imbécil que parece existir de nuevo por la locura y la enfermedad mental; aún menos, bajo el manto de la medicina, un resurgimiento del cristianismo. La liquidación del surrealismo nos muestra bien que la magia y el psicoanálisis, atributo de los sabios, se descompone fuera de sus manos. Hará falta buscar, para los ricos aficionados, otras mercaderías, en lugar de la coincidencia o el complejo, para venderle en papier couché o en telas desconcertantes.

7

LOS SANTOS DEL ULTIMO DIA

CONCIENCIAS PURAS

Para que el sujeto puro pueda atacar cuan do desee, permaneciendo él mismo al abrigo de todo ataque, hace falta dotarle de un doble, de una conciencia pura. Porque no le es suficiente justificarse a si mismo, es también necesario que pueda condenar a los demás. En esta partida de ajedrez donde se dará jaquemate al pueblo, el sujeto puro juega el rol de rey, y, siempre presto a la defensa como al contraataque, la conciencia pura hace el de dama.

Hace falta que el burgués pueda ser a la vez juez y parte. Parte, en tanto que defiende su clase. juez, en tanto que gobierna el Estado. El liberalismo le

es, por consiguiente, necesario. El aristócrata y el comunista no están obligados al liberalismo porque pueden afirmarse, el uno como casta, el otro como clase. Mas el burgués no podría apoyar sobre esas nociones su derecho a gobernar. Reconocer la existencia de clases implica que uno adhiere al marxismo, que niega el principio mismo por el cual el burgués se distingue del aristócrata. No puede perder su liberalismo sino con su vida. El fascismo le cuadra mal. Nacido en país de burguesías recientes y débiles, su progreso marca el retroceso de la ideología burguesa. Ya en el siglo pasado el golpe de estado del 2 de diciembre consumó la derrota de la burguesía orleanista (es necesario restablecer la verdad histórica sobre este punto, falseada por Víctor Hugo: el golpe de Estado de Napoleón puso fin al gobierno de los burgraves, de ningún modo a la democracia, que estos habían traicionado muchísimo tiempo antes). Napoleón hizo encarcelar a Thiers. Cuando la burguesía poco a poco se va acercando al Imperio después de la conquista de Plassans el Imperio se torna liberal. Thiers perora de nuevo en la Cámara, adonde la sociedad parisien se va a admirarlo. Bonapartismo y fascismo no aparecen sino como la triste necesidad de un triste

momento: un recurso, no un ideal. Cuando de Kerillis le dice al burgués francés: Hay que pagar las elecciones, contraría a éste doble mente. En primer término, porque le dice: hay que pagar, y al burgués no le gusta eso; además, porque lo frustra en su más cara esperanza: triunfar en elecciones libres. El burgués dará el dinero a de Kerillis y a Tardieu; pero, para disculparse a si mismo, invocará la mano de Moscú, la gravedad de las circunstancias, y la trampa, trampa y media. Les pagará, mas los odiará. Sólo le agradan León Bourgeois, por una parte, y Poincaré por la otra. Desea que se sea honesto: que se le sirva gratis. Y no se rehusa a pagar. Sólo que detesta que no se valore su dinero. Admira a su mujer en la medida en que ésta no gasta. Admira a su hijo en la medida en que se arregla sólo. Admira a sus funcionarios en la medida en que se contentan con sueldos muy bajos y podrían ganar más dedicándose a la actividad privada. Siempre en busca del alma, el burgués desconfía de la materia, y para él la materia es lo que cuesta. Un intelectual de familia burguesa sabe bien que inspira a ésta serios temores sobre la autenticidad de su vocación cada vez que se compra una corbata nueva. Viejos monaquismos. El verda-

dero talento no se paga. La verdadera conciencia no se paga.

Vamos, pues, al encuentro del burgués jefe de una empresa amenazada. Haced el papel de Kerillis. Decide: Vuestra casa, vuestra persona, son atacados; contad conmigo. . . Os dará el dinero. Pero quedará desazonado. Volverá a su casa sintiéndose completamente desgraciado. Almorzará taciturno bajo la mirada inquieta de su esposa. Cuando, después de la comida, sosegado su espíritu por la digestión, reanimado por el café, apaciguado por el cigarrillo y por la solicitud conyugal, se decida por fin a hablar, dirá: Vivimos en una época horrible. Están desencadenados los más bajos apetitos. Los negocios no se parecen ya a lo que eran antes. A mí mismo, mis graves responsabilidades, la conciencia de los serios deberes que tengo hacia mis accionistas y mi establecimiento, me obligan a estrechar manos que des precio. ¿Queréis conquistarlo? Es necesario decirle: Soy un hombre honesto. Y estoy con Usted en esta triste circunstancia porque no es posible que un hombre honesto permita que se ata que a una personalidad como la suya. Si los miserables triunfan sobre usted, será el fin de toda seguridad, de toda respetabilidad, de toda moral. Así, os encontrará

magnífico. Lo veréis abrirse como un geranio. Tal vez os presente a su mujer, os invite a su casa. Experimentará el deseo de haceros entrar en su directorio. Este deseo permanecerá por largo tiempo platónico, porque resultaríais un poco comprometedor a su servicio, os haríais un poco evidente, y hace falta prudencia. Pero una gran empresa siempre tiene filiales. Hay amigos que, ellos también, aman la virtud. Y una vez que pase la tempestad, una vez amortiguado el alboroto, os encontrará un buen hueso en alguna parte.

Al burgués no le agrada el fascismo, porque no le agrada la violencia. No le gusta actuar en nombre de la fuerza, sino en nombre de la justicia. El que habla de la fuerza, le disgusta. Detesta al hombre cínico: llama cínico a todo aquel que habla de la fuerza como fuerza, en lugar de llamarla moral. El burgués quiere pensar:

Entre el pueblo y yo, seré el único juez.

Pero le es necesario para ello una conciencia infalible. Una conciencia universal. Una conciencia del material más sólido y elástico: una conciencia de protestante.

Creo que el protestantismo defiende a la burguesía de un modo más eficaz que el catolicismo. El

protestantismo ha creado el grupo humano más conformista que la historia ha conocido. Se lo llama H. S. P. Sin duda está la sublevación de Cénevol, Roux el bandido, el protestante que desconfía de los poderes, que se ha hecho protestante a causa, precisamente, de las persecuciones, de los tiempos de las drago nadas. Pero, en cambio, una burguesía protestante mucho más importante y, sin duda alguna, mucho más activa, aporta siempre a los poderes en los que, por otra parte, se infiltra el apoyo de una fuerza que ha tenido buen cuidado de mantener. El protestantismo ha dado a la burguesía el sentido del individuo y la mística familiar. Le ha dado su doctrina, el idealismo filosófico. Le da su conciencia, que está bien templada. Todo el protestantismo se funda sobre la conciencia, como el catolicismo sobre los sacramentos. En efecto, ¿llega a faltar la conciencia? El protestante se encuentra desarmado, porque sólo ella le permite discernir entre el bien y el mal. Ella debe reemplazar al intercesor, al director, al confesor que le faltan, a la absolución que nadie le puede conferir. El católico no tiene una necesidad tan premiosa de su conciencia. Mientras la obediencia permanezca íntegra, poco importa que se debilite la conciencia. Pero el protestante no

puede dudar de su conciencia sin caer en un pesimismo absoluto. Calvino lo admitía. únicamente Dios esclarece la conciencia por la revelación de las Escrituras y por la gracia interior. A menudo la deja a oscuras, porque desde toda la eternidad ha decidido la condenación. Sólo que la masa de los fieles no tendría suficiente coraje para adherir a esta visión tan negra de nuestro destino. Como suponen que Dios quiere su salvación, suponen también que su conciencia les advierte siempre, y que el pecado no es sino una omisión, una distracción que les impide oír esa palabra interior que no deja de hablar. ¿Crees que tu conciencia está tranquila? Observame. No está tranquila, se dice al niño. Se le sugestiona hasta que se siente culpable. Si él no tuviera realmente conciencia del carácter delictuoso de su acto, ¿qué es lo que podría impedirle cometerlo? Es necesario que la conciencia del protestante pueda opinar siempre, y opina siempre bien. Como la cree infalible, la cree universal. Si la conciencia no fuera igual en cada persona, no se podría juzgar a los demás. La moral se funda sobre el hecho de que la conciencia humana es siempre idéntica a sí misma. y que sus datos no implican contradicción. Debido a que cree en la universalidad de su Iglesia, el católico puede

admitir la diferencia entre los individuos, más para el protestante la Iglesia puede ser múltiple, el hombre es uno. Y resulta natural que los países católicos sean más intransigentes en lo político y más liberales en lo económico, y que los países protestantes, por el contrario, conciban muy bien una producción estandarizada en un estado federativo. El Zollverein es protestante.

El protestante conoce siempre lo que es el bien y lo que es el mal. A juzgar sólo por su teología, tiene mayor motivo que cualquier otro para creerse condenado; pero goza, en realidad, de una certeza moral que ningún otro logra. Ninguna refutación proveniente de la experiencia puede perturbar a esta conciencia, a la que todo determina y que se cree libre. Tan seguros de si mismos que la certeza contraria de los otros no los inquieta en absoluto: *That is my opinion*, masa de orgullosos, cada cual en su colina, y por siempre separado del vecino.

El protestante no tiene, pues, motivo para inquietarse por ser a la vez juez y parte. Su conciencia le dirá siempre el derecho. Puede arbitrar sin escrúpulo alguno el litigio que tenéis con él. Y es sabido que la pretensión, por lo demás reciente, de los Estados, a un juzgamiento puro en lo político, es de

origen protestante. Bainville, por ejemplo, después de la guerra, se hubiese contentado con decir a los alemanes: Vosotros estáis vencidos, nosotros estamos arruinados, necesitamos dinero. Pero nuestros ministros y nuestros parlamentarios, contaminados de protestantismo, exigen más: quieren hacer coincidir la conciencia francesa y la conciencia alemana, y han querido fundar sobre la responsabilidad alemana, el derecho de Francia a las reparaciones. Aún años después, contra toda razón, Millerand, sucesor de Puffendorff, declaraba que si Alemania se proclamase inocente, ¡el Tratado de Versalles se derrumbaría! No se trata de dinero, se trata de moral; y no de derecho positivo, sino de derecho natural.

El católico tiene el hábito de romper y reconciliarse constantemente con su Iglesia. Yerra, y se somete. Peca, y se confiesa. Puede, por consiguiente, permanecer lúcido y pensar, por ejemplo: Tal acto es inmoral, pero voy a cometerlo lo mismo, por el bien de mi país. La Iglesia le perdonará siempre que admita haber pecado como cristiano. El protestante no puede pensar en esa forma. No puede distinguir el dominio religioso de lo que queda fuera de él. Tiene necesidad de tener siempre consigo a su conciencia. Si ésta, en un caso, yerra, ¿por

qué no podría cometer errores en los demás casos? De ahí las increíbles ridiculeces del fariseísmo hugonote. Leo en *El Problema Obrero*, de Philip (páginas 2425):

"En su lucha contra las uniones, y en particular en su esfuerzo por conocer el pensamiento de los obreros, los patrones no vacilan en utilizar el espionaje. Casi en todas partes existe un servicio secreto. Pero un gran número de empresas usan un método más científico y apelan a agencias de detectives especializados en este género de trabajo. Una de las más conocidas es la Sherman Detective Agency la que, en un folleto publicado en 1917, bajo el título de Sherman Service define su actividad como sigue: La Sherman Service es una organización nacional de hombres y mujeres que tienen vocación (!) hacia las cuestiones obreras. Ellos persuaden a los patrones para que reconozcan y apliquen la regla de oro (el Sermón de la Montaña) en sus relaciones con los obreros. Un espíritu de comprensión resulta de ello y conduce a la armonía y a la cooperación.

Hemos sido llamados y recibimos carta blanca; seis detectives, dos de cada una de las nacionalidades dominantes entre los obreros, fueron a la villa y pronto conocieron todas las ideas de los huelguis-

tas... Después de quince días, la fábrica reabrió sus puertas. Fue entonces fácil para nuestros hombres provocar una disensión entre los obreros, a tal punto que cada reunión del sindicato terminaba en una batalla.

No estoy seguro de que en un país católico se osaría colocar de tal modo el espionaje bajo la égida de la religión. No creo que la Iglesia lo toleraría. Pero un protestante ladrón os re cita la Biblia al tiempo que os despoja.

La burguesía morirá protestante. Nació con el protestantismo. Y éste desaparecerá con ella. La defiende mejor de lo que lo hace el catolicismo. La conciencia pura, esposa y hermana del puro sujeto, ofrece al conformismo facilidades, con las que ninguna liturgia puede rivalizar. ¿Cuáles son, por lo demás, los bastiones del conformismo en el mundo moderno? Inglaterra y los Estados Unidos. ¿Cuáles son los bastiones de Francia? *Le Temps*, diario protestante. El directorio del Banco de Francia, asimismo protestante.

EL BANCO DE FRANCIA

El Banco de Francia ofrece el ejemplo más sorprendente de una gran industria fundada sobre la explotación intensiva de un principio moral. Así como una mina es la fuente de recursos de una compañía minera, el principio es la fuente de recursos del Banco de Francia. Sus beneficios no se explican sino por la habilidad con la que el Banco sabe cultivar una cierta ideología, cuya expresión es a veces confusa y a veces incluso absurda, pero que puede resumirse en la fórmula siguiente: el Banco debe ganar siempre. El Banco es solidario con el Estado en tanto que es nacional, y distinto del Estado en tanto que persona privada. Opone, por consiguiente, a los particulares el interés público, y al Estado, la libertad de comercio. Todas las ventajas que el Estado concede al Banco conllevan una ficción: se supone que el Banco respalda con su crédito el crédito del Estado. Esta idea podía significar algo en otra época, cuando un Banco pagaba a sus acreedores, aun si éstos estaban en guerra con su país. Ella ha perdido, evidentemente todo valor hoy en día, y nadie cree que en una Francia en bancarrota, un crédito contra el Banco conservaría la me-

nor solidez. Pero el principio perdura, y, a causa de él, el Estado continúa pagando un diezmo formidable.

Habiendo ganado tanto más cuanto más caía el franco (porque este establecimiento nacional porción directa a las se enriquece siempre en pro desgracias públicas), el Banco obtuvo la exención de todo impuesto que sobrepasase los impuestos y tasas de 1918. Siempre a causa de los principios morales.

Es contra el poderío del Banco de Francia que se estrelló el Cartel de izquierdas. Una bella historia ... ¡y tan protestante! Para tranquilizar a la opinión, se convino en falsear los balances. Esto es lo que, durante la guerra, se llamaba preservar la moral. Repentinamente, Herriot amenaza la fortuna adquirida. Dice, muy vagamente, que va a gravar el capital. Al punto, los directores en pleno vienen a expresarle que sus conciencias no les permiten firmar más lo que han venido firmando durante meses, salvo, por supuesto, que Herriot renuncie a la investigación fiscal. A fin de tranquilizar plenamente sus conciencias, y acallar totalmente sus escrúpulos, piden algo más: permiso para exportar sus capitales. Porque desde hace mucho tiempo, estos señores

han demostrado que el mejor medio de volver rica y próspera a Francia, es resguardar fuera de Francia las fortunas que detentan. Herriot rehusó. Cayó, por consiguiente, en nombre de la moral financiera que había agraviado. Se le reprocharon los balances falsos del Banco. No se pensó en reprochar a los propios hombres que los habían firmado y que eran directamente responsables. Y Caillaux pagó con su cartera la destitución de Robineau, sin la cual, como no habría podido instaurarse disciplina financiera alguna, ningún saneamiento financiero era posible. El Banco siempre podía crear el pánico afirmando que éste se iba a producir, y arruinar la confianza proclamando que ésta se debilitaba. Táctica corriente de la burguesía. Pero, ¿quién se atrevería a atacar al Banco? Además de tener mucho dinero, lleva el nombre de Francia, ¿no es cierto? El público ignora que en lucha permanente con el esoro es el Tesoro y no aquél el que representa al país. El Banco representa además la honorabilidad. Los directores que están ahí por que sus abuelos ocuparon, bajo Luis Felipe, un lugar en la economía nacional, y que no hacen nada más que especular con las informaciones que obtienen por sus funciones, son hombres honorables. ¡Banda de Brutos! Viejas for-

tunas. Retratos de familia. Y pastores protestantes, y más pastores. Y se casan entre ellos: trueque de Vernes por Mirabeau y de Neuflyze por Mallet. Y se transmiten como un feudo hereditario un consejo de administración que algunas veces es, y a menudo finge ser, el del país mismo.

PROTESTANTISMO CATOLICO, PROTESTANTISMO JUDIO Y PROTESTANTISMO LAICO

Quien conociera los avances y retrocesos del protestantismo dispondría de un índice muy valioso para medir las variaciones del conformismo. Pero ése es, desgraciadamente, un estudio difícil. Los verdaderos católicos, los verdaderos protestantes, son raros. Se vive en un magma religioso donde las fronteras del catolicismo y del protestantismo se esfuman. Los progresos del catolicismo en los países protestantes son innegables. Los intelectuales contemporáneos son seducidos muchos más por el catolicismo que por el protestantismo. O bien permanecen ateos, O bien se convierten, y cuando hacen esto último, es a fin de tranquilizarse, no de

razonar; el protestantismo de Renán, repugna al intelectual de hoy día. Pero, en cambio, la alta burguesía católica se inclina cada vez más hacia el protestantismo sin saberlo. Ante los prestigios combinados de Inglaterra, de los Estados Unidos, del protestantismo liberal y de la alta banca de ésta quizá sobre todo, el calvinismo atrae al burgués católico francés. Va a misa, pero comulga poco. Encuentra que el Vaticano es germanófilo, teme que sea socializante. Sin duda, la juventud católica está animada de un misticismo real, y tiene una cierta tendencia anticonformista.

¿Cuál es el valor de este movimiento? No lo sé. Espero desde hace muchos años, sin verlo llegar, el nuevo Polieucto que apagará la llama del soldado desconocido. Pero, en cambio, el protestantismo triunfa sobre el católico burgués. Religión, asunto de conciencia; religión, asunto de conveniencias; religión, asunto de familia y, sobre todo, fundamento de una metafísica de las costumbres; raros son los católicos que todavía consideran nulo un matrimonio civil. Seguros de su moral, más que de

sus sacramentos, y de su conciencia, más que de su director.¹

De lo que puedo dar testimonio con más certeza es del progreso de la ideología protestante en los medios judíos parisienses. Aquí también, el Banco de Francia. Al lado de Mallet, el barón Eduardo de Rothschild. El *Coeur Israélite* que los judíos leen más que la Biblia, es una colección de plegarias calcadas sobre las plegarias protestantes. Los fieles bastante numerosos del templo de la calle Copernic, los judíos modernistas, son todos protestantes que se ignoran a sí mismos (y uno se pregunta cómo hacen para ignorarse). Eliminan del judaísmo su esencia: el rito. No puedo decir que creo en todo lo que enseña nuestra religión me decía un rabino, pero poseo al menos un espiritualismo muy seguro de sí. Esto significa, en buen romance, que este rabino era un pastor. En la misma medida en que el anti-semitismo decrece, el judío se aburguesa, No refiere más los consabidos cuentos en que se burlaba de su

¹ Estoy asombrado, para tomar un ejemplo literario, de lo que hay de protestante en el Thibault padre de Roger Martin du Gard. Cree más en su conciencia que en su director: esto no le evita al hijo menor la penosa experiencia del internado. Sufre de la incapacidad protestante para reconocerse culpable, para creer que él haya podido equivocarse. Sin duda, permanece católico, y el autor lo demostraría. Mas hay en él un no se qué de protestante. Sin duda también, porque pertenece a la alta burguesía. Si lo comparo con un personaje de Balzac, la diferencia me parece manifiesta... No quiero insistir.

mi sería, su astucia, su avaricia. No tiene ya, en absoluto, el ingenio de Enrique Heine, y no dice La vieja religión judía no es una religión, es una desdicha. Barrés le ha explicado que él constituye una familia espiritual. Cría vientre, preside, quiere ser respetado, cree pues en su conciencia, se hace puritano. En una familia como la nuestra. Ha perdido entera mente el recuerdo de su antepasado el vendedor ambulante. Cabalga sobre sus principios, teme los malos casamientos, las malas compañías. Desconfía aún de los jesuitas; pero el protestantismo le gusta: una religión de gente bien.

Por otra parte, la moral laica es una moral protestante. Existe la conciencia de los Monod. Pero existe también la conciencia de Bayet que tuvo, en verdad, su hora de celebridad. Todos esos señores Codomat que salen de la Universidad, ella también protestante. Liga de los, Derechos del Hombre que anima siempre el santo espíritu de Pressensé, liga protestante. Union pour la vérité, unión protestante. Y porque es un ex universitario, Herriot, descendiente lionés del vicario saboyano, lleva siempre sobre sí su conciencia, como una insignia masónica. El burgués culto refleja al profesor, que refleja al idealista, que refleja al pastor. Para comprender to-

do lo que va ganando el protestantismo hace falta leer esas notas necrológicas que los médicos publican sobre sus colegas fallecidos: son sermones protestantes.

8

DEFENSA DEL MATERIALISMO

La moral de la conciencia ha dejado de ser sostenible, desde que el psicoanálisis ha marcado los límites de la conciencia. Ésta deja de poder juzgarlo todo, porque no puede siquiera conocer aquello que tendría que juzgar. Con la conciencia pura cae el último de los argumentos con los cuales el burgués procura eludir la acusación revolucionaria. La burguesía se desploma junto con las ontologías, las ontologías se desploman con ella.

Le falta, en efecto, un absoluto en nombre del cual negar la apariencia real y humana del mundo. Hace falta que pueda decir: "¡Poco importa la miseria porque todo eso terminará con un buen libro! ¡Poco importa el dinero, porque sólo existe el puro

sujeto, el alma que cada uno de nosotros debe re-
descubrir en el fondo de sí mismo. Poco importan
las reivindicaciones del proletario porque sólo
cuenta el juicio de mi conciencia, que me aprueba!
¡Y poco importa eso que compruebo: tugurios de la
Zone, humaredas de las fábricas, dominio creciente
de lo mecánico sobre lo humano, porque el mundo
de la percepción no tiene valor en comparación con
ese mundo mucho más vasto que no percibo, pero
con el cual mi inconsciente me comunica.

Burgués esteta, burgués analista, burgués puri-
tano, burgués ocultista, que los filósofos dispongan
a su manera sistemas y terminologías: eso nada
cambia, desde el momento en que se reemplaza el
sacerdote por el artista, por el psicólogo, por el mo-
ralista o por el poeta. Es in diferente que el rol de
San Pedro sea asumido por Edmond Jaloux, Char-
les Du Bos, Félix Pécaut o GuiliGuili, puesto que
siempre hay una puerta y llaves; la oposición de aquí
y el allá, la explotación del esclavo en nombre del
misterio ante el cual se inclina. ¿Habéis escuchado a
Briand valerse del secreto diplomático? Aun cuando
se trata de documentos que los periódicos vienen
publicando desde dieciocho meses atrás, ¡cómo
conmueve a la Cámara!

Arcanos sueco-borgianos, cristianos o estéticos, cobarde preferencia por lo invisible sobre lo visible, innumerables maneras de gritar, ¡golpe nulo! La única palabra delante de la cual expiran estas lamentables astucias es la palabra: materialismo. Me aferro a ella.

Entre el proletariado y el materialismo existe una innegable alianza. El proletario es materialista. Cree en primer término en el cuerpo, en las necesidades de la vida, porque las siente. Quien reniega del cuerpo, reniega de él, insulta su miseria. Quien se aparta del materialismo, traiciona sus intereses, arma a sus enemigos. Cuando el proletario, seducido por la burguesía, ávido de su lujo y de parecer distinguido, se pliega al esteticismo, al idealismo, al ocultismo, abandona a los suyos. No se le pide sino eso. No hace falta pedirle más. Se ha plegado. No retornará más a esos tristes arrabales donde los hombres aceptan el trabajo como una ley y el materialismo como una certeza. Poco ¡m porta qué música tocará y en que saxofón o guitarra, ni si le gusta el bronx de Apollinaire o el manhattan de Tinan.

Sólo el materialismo expresa la fidelidad al pueblo. Barricada delante de la cual caen las combinaciones destinadas a avasallarlos. Porque siempre será

posible demostrar que su miseria es legítima; pero es imposible demostrar que éste no es miserable.

Por cierto, el materialismo debe ser librado de las necedades con que muchos lo han ensuciado. Muchas tonterías han circulado al abrigo de su nombre. La posición materialista, tan sólida, ha sido oscurecida. He escuchado a seudomarxistas, impresionados por los orígenes hegelianos de Marx, buscar impensables compromisos entre el idealismo y el materialismo. Se ría fácil refutar tan groseros errores. Es menos fácil lograr que esos errores se expresen clara mente, en lugar de circular entre el público como sobrentendidos. Lo mejor es oponerles afirmaciones precisas.

El materialismo no es una doctrina, sino un método. No consiste en dar un valor ontológico a la materia para rehusárselo a todo lo demás, sino en buscar, en primer término, dentro de la infinidad de causas que provocan un fenómeno, las causas más simples y las causas menos nobles. ¿Nos resulta sorprendente el comportamiento de determinada persona? Consideremos, en primer lugar, el estado de su cuerpo y el estado de su bolsillo. Habrá tiempo, luego, de buscar más lejos.

El materialismo es, pues, una cierta manera de desvalorizar. Implica una cierta tendencia a la desvalorización. Todos los valores que incansablemente instauro el burgués, el materialismo incansablemente los descalifica. Desde Lucrecio hasta Montaigne. Desde Molière hasta Marx. Encuentra sospechoso lo que se hace pasar por digno, y turbio lo que se hace pasar por puro. Dirige una acusación permanente y constantemente verificada contra el honor. Es cínico. No quiere sino la verdad. Y para él lo más verdadero coincide con lo menos noble.

La materia es lo que no tiene duración. No se vanagloria jamás de su pasado. El materialismo rehusa, pues, todos los valores derivados de la permanencia, todo lo que se aferra a la duración: generales designados en la vejez, burgueses enriquecidos por el ahorro; bodas de oro de Monsieur Dupont con Madame Cottonnet de Dupont, de Monsicur X con el lirismo, de Monsicur Y con la malacología. Enciclopedista, pero no historiador. Para él ningún pasado puede ser garantía de ningún presente.

Es relativista, porque la materia desde que no se le otorga valor ontológico se fracciona indefinidamente en relaciones.

Es racionalista. No porque la Razón pueda ser considerada como un absoluto, sino porque no puede ser dirigida por algo que sea superior a ella. Sólo puede estar condicionada por lo que le es inferior. No está subordinada a una revelación ni a una magia. El materialismo prefiere siempre lo claro a lo oscuro, y lo que se conceptualiza a lo que se reverencia.

Desprecio de los valores adquiridos, desprecio de las consolaciones y abdicaciones humanas, desprecio de la mentira, de la ilusión, re; no, pues, de la evidencia, el materialismo acepta que la verdad pueda no ser alegre en modo alguno, y que perpetuamente haga falta recomenzar una perpetua crítica. El universo es aquello que el hombre debe comprender, aquello contra lo que debe luchar, y no la forma de su esperanza o de su deseo.

El materialismo significa, sin reservas y sin ambages, que el milagro no existe y que la muerte lo termina todo; que esta vida es la única vida, y que eso es seguro. Si se le hace frente con un poco de firmeza, el individualismo burgués se disuelve en contradicciones. Solos en nuestra Francia, tiesos nuestros labios en el firme propósito de no mentir,

MUERTE DE LA MORAL BURGUESA

¿somos realmente incapaces de abandonar todo y confesar que todo nos abandona?

El materialismo es, para mí, la valentía en el pensamiento y la irreverencia en el corazón.